





VARIOS AUTORES

# MAGUESHITA

ANTOLOGÍA NARRATIVA I



© MAGUESHITA. ANTOLOGÍA NARRATIVA I

© VARIOS AUTORES

Primera edición: octubre 2023

Tiraje: 1000 ejemplares

Se terminó de imprimir en octubre de 2022

en los talleres gráficos del

Grupo Empresarial Quimérica S.A.C.

RUC: 20604916438

Domicilio: Jr. Pasco N°586 Urb. Pasco

Junín, Tarma, Tarma

Editado por Grupo Empresarial Quimérica S.A.C.

para su sello editorial *Ronin*

RUC: 20604916438

Domicilio: Jr. Pasco N°586 Urb. Pasco

Junín, Tarma, Tarma

Teléfono: 942164570

E-mail: oseasaponte76@gmail.com

Facebook: Editorial Ronin

Corrección de textos: Eric V. Álvarez

Diagramación: Leslie Arellán

Cuidado de Edición: Macckee Soto Aguirre

Hecho el depósito legal en la Biblioteca Nacional del Perú

N° 2023-10502

ISBN: 978-612-48365-2-7

Reservados todos los derechos. Queda prohibida, sin la autorización escrita del autor y editor, bajo las sanciones establecidas por la ley, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático-digital.

*Para ti, amigo lector,  
con pasión y distinción profesional.*



## PRÓLOGO

**U**na vez más tengo el privilegio de presentar el libro *MAGUESHITA. Antología narrativa I* de varios autores. El libro representa un conjunto de cuentos amazónicos que no solo ayudan a los amantes de la lectura a desarrollar la imaginación, sino que también impulsan la creatividad. Y es que crecer acompañado por personajes e historias que transmiten nuestras emociones puede hacer del proceso de madurez un camino más sutil, tropical y maravilloso.

Por eso, hemos pincelado diferentes cuentos con los que hemos crecido muchos de nosotros: de allí los cuentos amazónicos tienden una visión para pensar, para encontrar la belleza del mundo maravilloso de la vida. Quiere decir: *el pasado es la base, pero tal como lo vemos... te ayuda a abrir nuevas magias y a la vez permite aprender de él, de manera diacrónica.*

No solo complace la aparición de esta obra narrativa, sino también el nuevo rostro y espíritu de autores como Lenin O. Aponte, Delia Abisrror Huansi, Ángel Díaz, Melchisedec Zavala, Javier Angulo, Piero Romero, Adriana Fasanando, Luggi Rosales, Jean Carlos Reyes, entre otros, quienes son a la vez colaboradores y miembros activos del *Movimiento Literario Ronin-Ucayali*.

Las historias amazónicas como mitos, leyendas, costumbres, tradiciones, no solo destacan por su calidad literaria, sino también por su temática y personajes, se centran generalmente en deidades o fuerzas de la naturaleza. De allí la importancia de la literatura amazónica, fruto de mentes mágicas, inquietas e inspiradoras, que bien merecen ser leídas desde la perspectiva de la cosmovisión y filosofía de las culturas. En otros términos: *“Nunca dejes de soñar. Solo quien sueña aprende a crear y escribir”*. En efecto, sabemos que los cuentos expresan moralejas que nos regalan diálogos, enseñanzas y aprendizajes a todo nivel y estatus social de los lectores.

**Dr. Oseas Aponte Rojas**

**Escritor, editor, prologuista, investigador  
y catedrático de la Universidad Nacional de Ucayali,  
fundador del Movimiento Literario Ronin-Ucayali,  
Director de Editorial Ronin-Perú**

# MAGUESHITA

ANTOLOGÍA NARRATIVA I



## MAGUESHITA

*Oseas Aponte Rojas*

**E**RA UNA MUJER LLAMADA MAGUESHITA, QUIEN vivía en un pueblo al extremo de una montaña cubierta de bosques. Su consorte había muerto sin dejarle ningún hijo y ella era muy solitaria. Siempre estaba cansada porque no tenía a nadie quien le ayudara en los trabajos del hogar. Todos los días limpiaba la vivienda y barría el patio, cuidaba las gallinas, lavaba el atavío en el río, traía agua, cortaba la leña y cocinaba. Al final de cada día, Magueshita miraba la cima del monte e imploraba: "*¡Gran brío del monte! Mi trabajo es demasiado duro. ¡Por favor, envíeme ayuda!*".

Un día, Magueshita estaba limpiando el huerto de las malas hierbas para que crecieran bien las verduras, plátanos y frutas que cultivaba. De repente, un noble regente apareció junto a ella.

Soy un mensajero del gran brío del monte dijo, dándole unas semillas de sandías. Siémbrales con cuidado; son la respuesta a tus plegarias.

Entonces el regente desapareció. Magueshita se preguntaba: "*¿Qué ayuda podré recibir de un manojo de semillas de sandías?*", pero las sembró y cuidó lo mejor que pudo, asombrándose de lo rápido que crecían. Una semana más tarde, las sandías ya habían madurado. Magueshita llevó

a casa las sandías y tras quitarles la pulpa, dejándolas huecas, las colgó de una de las vigas de la casa para que se fueran secando y cuando se endurecieran podría venderlas en el mercado para ser usadas como tazones y jarrones.

Como necesitaba una de las sandías para su propio uso, tomó una pequeña y la puso junto al fuego para que se seicara más rápido. A la mañana siguiente, Maguashita se marchó para trabajar el predio. Pero mientras ella estaba fuera de casa, las sandías empezaron a cambiar. Les crecieron cabezas, brazos y piernas. En poco tiempo, no eran en absoluto sandías. ¡Eran niños!

Uno de esos niños estaba junto al fuego, era la sandía pequeña; los otros niños lo llamaron desde la viga:

¡Elikito, ayúdanos! Trabajemos para nuestra madre. Venga, ayúdanos, Elikito. ¡Hermano favorito!

Elikito ayudó a bajar a sus hermanos y hermanas de las vigas. Entonces los niños salieron de la casa y empezaron a cantar y a jugar en el patio; todos, menos Elikito, que al haber estado junto al fuego se convirtió en un niño débil y enfermizo.

Mientras sus hermanos cantaban y jugaban, Elikito los miraba sonriente, sentado en la puerta del hogar. Después de un rato, los niños empezaron a hacer los trabajos de la casa. Limpiaron y barrieron el patio, alimentaron a las gallinas y patos, lavaron la ropa, trajeron agua, cortaron la leña y prepararon la comida para cuando Maguashita volviera.

Cuando el trabajo estuvo hecho, Elikito ayudó a los otros a subir a la viga y, poco después, de nuevo se convirtieron en sandías. Por la tarde, cuando Magueshita volvió a casa, las otras mujeres del pueblo la interrogaron:

¿Quiénes son esos niños que estaban hoy en el patio de tu casa? ¿De dónde han venido? ¿Por qué estaban haciendo los trabajos de la casa?

¿Qué niños? ¿Ustedes quieren reírse de mí? respondió fastidiada.

Cuando llegó a su casa, se quedó sorprendida. ¡El trabajo estaba hecho, e incluso la comida estaba preparada! ¿Qué habría pasado?

Al día siguiente, sucedió lo mismo. En cuanto Magueshita se marchó, las sandías se convirtieron en niños, y los que colgaban de la viga gritaban: "*¡Elikito, ayúdanos! Trabajemos para nuestra madre. Venga, ayúdanos, Elikito. ¡Hermano favorito!*".

Entonces, después de jugar un rato, hicieron todas las obligaciones de la casa, subieron a la viga y se convirtieron en sandías de nuevo.

Una vez más, Magueshita se quedó atónita al ver todo el trabajo hecho. Entonces decidió encontrar la explicación y conocer a quienes la estaban ayudando.

A la mañana siguiente, Magueshita hizo como que se marchaba, pero en vez de ir a trabajar en el campo, se quedó escondida junto a la puerta de la vivienda, observando lo que ocurría. Y vio a las sandías convertirse en niños, y les oyó

como vociferaban: "*¡Elikito, ayúdanos! Trabajemos para nuestra madre. Venga, ayúdanos, Elikito. ¡Hermano favorito!*".

Cuando los niños salieron de la casa, por poco se encontraron con Magueshita, pero siguieron jugando, y en seguida comenzaron a hacer los trabajos de siempre. Cuando acabaron, empezaron a subir.

¡No! gritó Magueshita llorando . ¡No se conviertan en sandías! Serán los hijos que nunca tuve y los amaré.

Y desde entonces, los niños se quedaron con Magueshita como sus hijos. Ya nunca más estaba sola. Pronto mejoró la economía del hogar con muchos campos de verduras y plátanos, sandías, rebaños de ovejas y avispas. Todos eran muy útiles, menos Elikito, que se quedaba junto al fuego con su sonrisa tonta. La mayor parte del tiempo, a Magueshita no le importaba. De hecho, Elikito realmente era su favorito, porque era como un delicado párvulo, pero a veces, cuando ella estaba cansada o triste, por alguna razón, se pagaba con él.

¡Eres un niño yermo! le decía. ¿Por qué no puedes ser inteligente como tus hermanos y hermanas? Deberías trabajar tan duro como ellos Elikito solo sonreía. Un día, ella estaba fuera en el patio, cortando verduras para el preparado de la comida. Cuando estaba llevando la olla a la cocina, se tropezó con Elikito, se cayó, y la olla de arcilla se hizo añicos. Las verduras y el agua quedaron esparcidas por todas partes.

¡Muchacho inútil! gritó Magueshita. ¿No te he dicho que no te pongas delante de mí? Ay, pero ¿qué se puede esperar de ti?

No eres un niño de verdad. ¡Solo eres una sandía! Una calabaza.

Y en ese instante, ella dio un grito al ver que ya no estaba Elikito, y que en su lugar solo había una sandía.

¿Qué he hecho? lloraba Magueshita, cuando los niños volvieron a casa. ¡Yo no quise decir lo que dije! Tú no eres una sandía ni calabaza, tú eres mi hijo querido. ¡Oh, hijos míos, por favor, hagan algo bueno!

Los niños se miraron entre ellos y corriendo comenzaron a subir a la viga. Cuando el último niño, ayudado por Magueshita, había subido, comenzaron a gritar por última vez: "*¡Elikito, ayúdanos! Trabajaremos para nuestra madre. Venga, ayúdanos, Elikito, ¡nuestro hermano favorito!*".

Pasó un largo rato sin que nada sucediera. Pero de pronto, la sandía empezó a cambiar. Creció una cabeza, luego unos brazos, y finalmente unas piernas. Por fin, no era en absoluto una sandía... era Elikito. Magueshita aprendió la lección. A partir de entonces, tuvo mucho cuidado y amor para sus hijos, y ellos le dieron su consolación y felicidad durante el resto de su vida.



## EL CHOLO

*Oseas Aponte Rojas*

**A**MIGO, TE ESCRIBO ESTAS LÍNEAS SABIENDO QUE QUIZÁS NUNCA LLEGUES A LEERLAS. La entrega de misivas en una prisión es muy escasa. No sé cómo irá en Piedras Gordas, pero a mí en Potra Cancha no me llegó ni una palabra y menos una carta que me escribieron. Pero sí, la noche era la más dura, no cabe la menor dura. Te dejan desnudo como el día que naciste con la piel quemada y medio ciego por el asqueroso desinfectante, y cuando te meten en la celda y te cierran los barrotes en las narices es cuando te das cuenta de que es de verdad, en un abrir y cerrar de ojos toda tu vida se ha ido al carajo (no te queda nada, excepto todo el tiempo del mundo para reflexionar). Muchos pescaditos casi enloquecen la primera noche; siempre hay más de uno que rompe a llorar, siempre.

Espero que de alguna manera te lleguen noticias de todo el cariño que estás recibiendo, aunque estás dentro muy melancólico, confundido, aterrado y solo con la soledad. Tuve la suerte de ser amigo en la cálida selva de Cerro Verde de Ramal Aspusana una tarde de noviembre de 1996, poco antes de la cumbre de Cerro Colorado. Nunca olvidaré esa campaña, ni aquellos acantilados cubiertos por el calor, ni la pared del frente del cerro en el que nos quedamos naufragados durante unas horas. Recuerdo aquellos ratos de conversación en el

puente de Ramal Aspusana, comentando lo que podríamos esperar de aquella Cumbre. Al final, no salió bien, Cholo, camarada, y los contaminadores siguen a sus anchas. Tal vez la próxima. Sin embargo, es *“difícil medir el valor de la vida de una persona”*. Para algunos se mide por los seres que deja atrás, para otros se mide por la fe, para otros por el amor, para otros la vida no tiene ningún significado. Para mí, creo que uno se mide por aquellos que se han medido por él.

Ahora veo tu cara en las fotos que han circulado por ahí, en las que estás entre rejas, como si fueras un peligroso delincuente. Te veo preocupado, agobiado por una situación que está completamente fuera de tu control. Quería decirte, aunque sé que no te llegará, que hay mucha gente como nosotros, que nos apoyamos y admiramos nuestra acción social, revolucionaria, y que nos produce una indignación profunda ver enjaulados.

Entiendo tu preocupación. Al fin, como maestro de la sociedad, siempre has cuidado tu deber. No debe ser fácil ver a los activistas más jóvenes encerrados sin una perspectiva clara de lo que va a ocurrir. Lo peor, le decía el otro día a una joven amazónica, es la incertidumbre; esa sensación de no saber qué van a hacer contigo tras esos injustos doce años de prisión preventiva que te han colgado.

Espero que, aunque el momento sea difícil, seas capaz de mantener la misma serenidad que siempre has mantenido y transmitido a bordo. Espero que salgas mucho antes. Somos muchos los que estamos luchando para que eso ocurra. Ya más de un millón (¡eso es mucha gente!) de personas están

conscientes por tu libertad inmediata. Ya sé que de nada sirve saber eso cuando estás encerrado. Cuando te han arrebatado de un día para otro el control de tu vida, y estás en manos de los carceleros. Al menos que lo sepas.

Justo cuando estabas haciendo la acción popular contra los bárbaros opresores e imperialistas. La situación es dramática. A nadie parece importarle que nuevamente los políticos reconozcan que es la actividad humana la que está cambiando la situación social, y que estamos llevando a la población a una crisis económica, académica, política e ideológica sin precedentes.

A ustedes sí y nos damos las gracias por ello y por pasar a la acción pasiva y ambivalente.

No mereces estar allí. Lo sabemos, y los carceleros también lo saben. Y no me refiero al que lleva las llaves de la celda, sino a los que han mandado encerrarte. Hoy retienen porque de esa manera quieren meter el miedo al pueblo, y evitar nuevas protestas contra la explotación del imperialismo en cualquier lugar. Ya lo intentaron en muchas provincias del Perú, pero no lo han conseguido. Tampoco esta vez lo conseguirán, estoy seguro.

Viviste como exégeta del pueblo el doloroso atentado de 1995 en el que murió el Maucito. Entonces, fueron los servicios secretos de las fuerzas armadas, los Humapares, hoy el Gobierno peruano. Aquello se comprometió para siempre con la lucha por el pueblo. En los últimos años has dedicado tu esfuerzo a defender la patria.

Te han cambiado la libertad que amas por las cuatro paredes de una oscura celda. Ahí no llega el susurro del viento ni se escucha el trino de las aves. ¡Qué enfermo debe estar el mundo que permite que encarcelen a gente como nosotros! Pero que no te contenga la duda de que vamos a sacarte de ahí. El pueblo quiere que estés junto a ellos.

*No hay día que pase sin que me arrepienta, no porque estaba preso ni porque usted crea que debería hacerlo. Pienso yo, porque era un muchacho combativo, esporádicamente estúpido que cometió una terrible culpa. ¡Cuánto quería hablar con él...!, pero nunca tuve la oportunidad para entrar en razón y decirle cómo eran las cosas. El exiguo se fue hace años y este veterano no llega a la situd, sino que sigue haciendo patria.*

¡Un fuerte abrazo, camarada! ¡Pronto estaremos en marcha! ¡Viva el pueblo!

# KUNTA MANA

Oseas Aponte Rojas

**C**UENTA LA HISTORIA QUE LA PROVINCIA DE CONTAMANA ES CONOCIDA COMO LA TIERRA DE “LA PERLA DE UCAYALI”. Pero ¿por qué Contamana...? Deriva de la palabra shipiba “kunta mana”, “Cerro de palmeras”. Es una ciudad del oriente peruano, capital del distrito homónimo, de la provincia del Ucayali, del departamento de Loreto. Tiene lugares milenarios, de naturaleza, de ecología y de turismo admirable. Uno de ellos es “Las Aguas Calientes”.

Por cierto, no tanto conocido por los turistas y de la muchedumbre amazónica-peruana. Particularmente, me hablaron mucho del lugar. Incluso cuántas veces me sedujo una *“ágil, graciosa y charapita, manojito de flor de las veinticuatro horas, con encantadores pies de sirenita”*. Así te llamo, mujer naturaleza, porque a través de tu experiencia caminaba mi espíritu hacia las aguas calientes de roble fresnal y balatas. Aunque la Amazonía siempre ha sido vista como una región de misterios. Para algunos representaba un paraíso, mientras que para otros era el infierno verde.

Sin embargo, no era un equívoco la aventura... Solo tenía que estar convencido de bregar y vivir la experiencia, tal como expresa la lírica *“de Contamana con toda la gracia, de Maquía con toda la elegancia, con esbelto cuerpo angelical”*.

Dado el convencimiento para la aventura, se tiene que partir a las ocho de la mañana desde Contamana rumbo a la Reserva Municipal de Las Aguas Calientes, vía carretera unos cincuenta kilómetros de viaje en motocar, hasta llegar al campamento del control. De allí se sigue la caminata natural y apasionante de unos cuarenta minutos, cantando *“el suave marfil, que es adornado con besos y bosques seductores, la verdad qué encantadora su gracia gentil”*. Eso significó el reto hasta llegar a *“La Ciudad de Dos Ríos”* y de devenir la ruta de altos y bajos, de luz efímera y de sombra que aprisionaba el alma de ambos, de trino y trino de las aves que eran compañía de los angelitos, de olor y perfumes de los animales nocturnos.

Nos preguntamos, ¿por qué Ciudad de Dos ríos? Significa la unión de dos misterios: uno se origina a la margen derecha: *“aguas frías”*, proveniente de una catarata glacial, y del lado izquierdo, *“aguas calientes”*, a causa de un volcán con encanto de vapor vivo, de risas y alegrías. ¡Así es Contamana...! Traduciendo, *“Aguas Calientes”* es el nombre con el cual se conoce a las fuentes termomedicinales, porque en el mismo contexto está ubicado el Encanto de Humo Sauna Natural. Es decir, se hallan localizadas dentro de la provincia de Ucayali, del departamento de Loreto. Hasta estas es posible llegar atravesando un rústico camino que se encuentra hacia el noreste de Contamana.

Las aguas de los veinte manantiales que conforman el circuito de Aguas Calientes se caracterizan por tener una temperatura que va desde los 40 °C, cuyo mayor valor se da a

los 80 °C, aunque estas son reguladas por el poder de la misma naturaleza para ser disfrutadas por los turista y forasteros durante el circuito.

La celebridad de ojos termales de Aguas Calientes tiene su origen en las propiedades medicinales que estos tienen y que se ven protegidos por el alto contenido de hierro y azufre de los mismos. El azufre y el hierro son dos elementos químicos que son propios de la Pachamama, madre tierra que, al nutrirse las aguas de este circuito, vuelven los ojos de los dos ríos un recurso de gran valor para combatir enfermedades, tanto cutáneas como musculares y óseas.

La convivencia con la vegetación es extraordinaria. Pero lo más apasionante fue el chapuzón entre el agua caliente y fría que sentía un momento de tranquilidad y de alivio del estrés. Sobre todo, venía a mi cabeza la inspiración para expresarle a ella unas metáforas: *“Ojos que saben reír e hipnotizar, labios sensuales que hacen el amor, ángel que floreces en este corazón de la naturaleza. Así eres, loretanita”*.

Los alrededores de Aguas Calientes se caracterizan por ser un escenario ameno, nutrido por la copiosa cantidad de aves como loros y guacamayos que adornan los cielos y los árboles del entorno con su colorido encanto. El encuentro de dos quebradas de agua representa en líneas universales el punto misterioso de interés y fomento del turismo termomedicinal, así como del ecoturismo, que alimentan a que los turistas hallen ese espacio y momento de paz que el bullicio y la velocidad de la ciudad muchas veces no permite.

La infraestructura turística del lugar lo constituye una casona con alcoba abierta, con hamacas tendidas, con mesas típicas de madera natural, uso rudimentario de los servicios higiénicos para los visitantes. Asimismo, el complejo cuenta con áreas para servir comidas en familia, además de bancas para el descanso y casetas de información. Muchas veces es normal que la gente comparta su alimento como el juane en hoja, otros en mantas, a modo de picnic. Todo fue un alojamiento popular y natural.

# EL ÁRBOL MÁGICO

Lenin Oseas Aponte Abisrrior

**C**UENTA LA HISTORIA QUE, EN LO MÁS RECÓNDITO DEL BOSQUE, HABÍA UNA VEZ UN TERRENO MÁGICO Y EXÓTICO, lleno de vida y color que denotaba alegría y felicidad a los muchos animales increíbles que coexistían en armonía, ya sean monos, tucanes, jaguares y loros, dándonos esa idea de que ahí no había diferencia de especies. Pero lo más increíble de este terreno era un árbol muy especial, el cual era en sí el corazón que daba ese brillo y esa luz de esperanza a todo el bosque. Era un árbol sin igual, frondoso y fuerte, con muchos años de antigüedad y el más grande de todos.

Este árbol era conocido como "*El Árbol de la Vida*", que era nada más y nada menos que un hermoso árbol de aguaje, el cual cautivaba a todos los animales que habitaban en aquel lugar, y no solo era por su majestuosa apariencia sino también por los hermosos frutos que colgaban a su alrededor, dándoles la capacidad de inteligencia para poder comunicarse con todos los animales. Por alguna extraña razón, este árbol de la vida no dejaba de echar frutos, gracias a los cuales, al comérselos, cada animal desarrollaba pensamientos y sentimientos. Fue así que los animales del

bosque catalogaron al árbol de aguaje como un árbol que tenía poderes mágicos, es decir, un árbol milagroso el cual podía conceder cualquier deseo que tuvieran en mente. Los animales preservaban su hábitat y sobre todo que las malas personas no llegaran a su terreno ya que si no todo lo que ellos conocían como hogar iba a desaparecer. Por lo tanto, cada año todos los animales iban a visitar el árbol para pedir deseos, y para lograr este objetivo dejaban ofrendas en su base como señal de respeto y admiración, lo cual, a su vez, hacía muy feliz al inmenso árbol de aguaje, de manera que los recompensaba con alimentos, protección y sobre todo con un albergue donde pudieran vivir tranquilos y fuera de los peligros de la humanidad y sus artimañas.

Del mismo modo, todos los animales ahí reunidos acordaron que para que su pequeña comunidad pudiera prosperar, tenían que tener roles que ayudarían tanto en alimentación como también en protección. De manera que dijeron que los animales más fuertes y los aéreos como jaguares, leopardos, tigres, loros, gavilanes y sobre todo pajaritos se encargarían del cuidado, es decir, estar alerta en todo momento por cielo y tierra, dando a conocer si otro ser vivo quería llegar, y sobre todo si por alguna circunstancia algún humano lograra penetrar sus fronteras. Por otra parte, estaban los que no se podían defender, como ciervos, carachupas, ronsocos, monos y otras especies que en una vida normal pueden ser presas fáciles, pero que tenían una alta inteligencia y sobre todo porque eran muy organizados. Se encargaban del alimento y hacían que ninguna especie amiga

muriera de hambre, conformando de esa manera una sociedad dentro de lo más inhóspito del monte, pero organizada por animales que eran fieles seguidores del “Árbol de la Vida” y defendiendo lo poco que les quedaba de paz.

Pasó el tiempo y la comunidad fue prosperando poco a poco, y hasta ya tenían un sistema de producción impuesto por el mono choro. Él y su gran inteligencia crearon un sistema de riego impuesto por la señora María la Garza y su gran imaginación. Eran lugares de vigilancia impuestos por el señor sacha, el jaguar y mamá la gavilana, y lo más indispensable que era un gobernador, quien era nada más y nada menos que chango el chimpancé, quien regía de acuerdo con los principios impuestos por la población, dando así un orden y organización. Pero como toda comunidad, también tenían sus opositores, los cuales querían desterrar a chango por no pensar y no ser un poquito más ambicioso. Estos opositores estaban conformados por Lara la zorrilla y sus seguidores, quienes hacían todo lo que ella pedía a pesar de ser la más débil y pequeñita de todas. Estos opositores lo que querían era que chango tuviera una reunión formal con los seres humanos, los cuales ya se habían enterado de aquel lugar y su increíble evolución en la cadena alimenticia, ya que a los humanos les resultaba muy favorable y a la vez inimaginable la convivencia de varias especies en el mismo lugar, ya que toda especie tenía su propio hábitat y sus propias costumbres, las mismas que hacían que desconfiaran de toda la información dada por Lara la zorrilla. Pero si esta información era cien por ciento real, podían aprovechar al

máximo todas sus virtudes para otras cosas, como rastrear, entrenarlos para construcción y sobre todo hacerlos trabajar como peones en sus propósitos egoístas, porque pensaban solo en ellos mismos.

Sin embargo, de esta información no tenía ni idea Lara la zorrilla, porque estos seres humanos hacían parecer solo su lado amable, lo que hacía pensar que sus intenciones eran más que buenas. Esto sería una gran oportunidad para la comunidad, enlazar relaciones diplomáticas con la finalidad de ayudarse entre sí y sobre todo tener ya la factibilidad de estar entre los seres humanos y no huir más de ellos, sacándolos de la incertidumbre del miedo.

Así fue entonces que un día Lara la zorrilla con engaños de que quería limar asperezas y ya no estar más peleados, atrajo a chango a un descampado un poco lejos de la comunidad con el pretexto de que iban a comer juntos y poder ver un espectáculo organizado por los seguidores de Lara. Grande fue la sorpresa de chango al llegar al lugar, ya que lo esperaban dos seres humanos, al parecer muy bien vestidos y sobre todo con unos portafolios rectangulares que parecían portar algo sospechoso. Pero chango, como no les temía, empezó a organizar todo, desde la seguridad de la comunidad hasta su propia seguridad, dándoles órdenes a los animales más fuertes que eran miembros de su fuerza militar. Por una parte, estaban los gavilanes y otros animales aéreos que estaban bien alertas ante cualquier movimiento en toda la zona del bosque y por otra parte estaban los jaguares y tigres, quienes se encargaban de dar protección máxima al Árbol de

la Vida. Ese era su mayor miedo, porque si le pasaba algo, los animales presentes en el lugar se volverían salvajes y acabaría toda la coexistencia. De esta manera, se inició lo que es la conversación entre humano y animal. Cada uno proponía diferentes cosas que favorecían a sus partes. Por un lado, chango gobernador de la comunidad nos decía que no quería formar ningún vínculo con los humanos ya que con el tiempo solo han causado dolor y angustia a su flora y fauna, quemando, talando, contaminando no solo el bosque sino las aguas, y tantas otras razones por las cuales los humanos solo sirven para la destrucción y no para la reconstrucción del mundo. Con lágrimas, chango solo decía que “no”, ya que unirse con los humanos solo causaría dolor.

Por otra parte, los humanos, al escuchar todo este relato, se quedaron cautivados y no era por el mensaje de chango, sino por la manera que se expresaba, la cual solo era digna de un ser humano. Se quedaron atónitos solo al escuchar que hablaba, ya que así ya estaban confirmando sus sospechas de que el lugar del cual les habló Lara era real. De repente, en un solo parpadeo de chango sus guardias y camaradas estaban en el suelo en un charco de sangre. Todo había sido ocasionado por armas de juego, las cuales fueron sacadas de esas dos maletas. En ese momento, chango, sin pensarlo dos veces, salió disparado hacia su comunidad, y en ese acto desesperado fue herido de bala en una de sus piernas, dificultándole el movimiento. Aun así, siguió y siguió para dar aviso de los movimientos crueles del hombre a su comunidad. Para ese entonces, los seres humanos ya se habían

reagrupado en cincuenta personas que marchaban en dirección de la comunidad con ayuda de Lara, que en ese momento se dio cuenta de su gran error y de la fatal de decisión que había cometido. Así fue entonces: los humanos avanzaban y avanzaban con jaulas y enormes monstruos de hierro que destruían cada árbol a su paso, sin que las fuerzas militares de chango pudieran hacer algo. Fue entonces cuando la brigada aérea empezó con su trabajo: lanzar piedras desde lo alto para que con la fuerza de la gravedad pudieran tener más impulso y causar más daño.

Fue de esa manera que algunas personas empezaron a caer y dispersarse por el bosque, lo cual aprovechó la brigada de tierra para darles una pequeña lección. Pero todo este esfuerzo fue en vano, ya que los humanos empezaron a utilizar sus armas letales, matando y capturando a otros animales. Así, el señor sacha y el jaguar murieron en combate por las muchas municiones de los enemigos, y mamá, al ver esta escena, fue directo a chango a avisarle del trágico suceso. Pero chango aún no se rendía. Quería seguir peleando para que no le quitaran su lugar amado. Fue así que, al llegar la noche, poco antes de que las fuerzas humanas invadieran su comunidad, preparó trampas y también una emboscada con todos los animales ahí presentes.

Al ver esto, el Árbol de la Vida ayudó para que las raíces de los árboles también empezaran a luchar por ese lugar. Ya cuando las fuerzas humanas llegaron a la trampa, varios de sus monstruos de hierro quedaron varados en lo más profundo

de la tierra. También otros humanos, tanto los jaguares y pichicos aprovecharon para darles una lección de vida haciéndoles retroceder del miedo a estos seres. Sin embargo, la tragedia solo estaba empezando, ya que otro grupo de humanos se acercaba desde otro bando.

La mamá fue herida de gravedad y solo llegó para darles el aviso. Chango se sentía desesperado, no sabía qué más hacer. La única solución que veía era perder la capacidad de hablar y de raciocinio. Esto solo era posible al cortar el Árbol de la Vida. Fue entonces que habló con todos los animales para contarles la terrible idea y que solo era cuestión de tiempo que llegara el otro grupo de humanos para esclavizarlos y tratarlos de la peor manera. Cada animal en ese momento empezó a indagar las posibilidades, pero no había solución.

Desde luego, aceptaron perder todo por el egoísmo del hombre, y al oír todo esto para el Árbol de la Vida era un honor, ya que en su travesía pudo ayudar y unificar a todos los animales para que vieran que no hay diferencia de especies y que todos pueden convivir en paz. Al mismo instante, el otro grupo de humanos llegaba al que un día fue una comunidad tan hermosa donde todos los animales convivían y fueron felices por un gran tiempo por la paz que habían creado. Todo se quedó en un vil recuerdo porque todos los animales presentes ya no podían hablar ni pensar.

Cada logro y cada espacio de la comunidad había terminado. Hasta Lara la zorrilla se volvió en una vil y asquerosa zorrilla. Todo fue destruido en cuestión de horas, y

el gran Árbol de la Vida quedó tirado como cualquier otro pedazo de madera en el suelo, lleno de sangre de chango, el cual murió por un deseo arrogante de la humanidad. Desde entonces, los animales ya no se juntan y sienten temor de los humanos por el simple hecho de la codicia y la ambición de querer todo a mano fácil.

# SAGRADA CULTURA

Lenin Oseas Aponte Abisrrior

**H**ABÍA UNA VEZ UNA PEQUEÑA COMUNIDAD EN LO MÁS PROFUNDO DE LA SELVA TROPICAL LLAMADA SHUSHU. Se habían aislado para mantener una vida pacífica y serena. La gente se divertía y sobre todo convivía con la naturaleza sin ninguna restricción. De esta manera, la comunidad había convivido, cazando y recolectando para sobrevivir.

Otro punto era su alto conocimiento en la medicina. Lo habían obtenido gracias al tiempo que estaban en lo más recóndito del bosque. Esa experiencia la adquirieron en las diferentes propiedades curativas de las plantas, ya sea para curar una inflamación, un malestar estomacal hasta un rompimiento de un hueso. Ellos ya tenían la solución con sus diferentes tipos de raíces, hojas secas y pomadas hechas por ellos mismos. Es decir, lo hacían mediante las plantas y la grasa de los animales. Esto les daba una reputación muy conocida por todas las comunidades vecinas, las cuales se morían de envidia por la prosperidad de aquella comunidad. Además, eran viajeros, investigadores y hasta reporteros para dar a conocer al público cuan avanzados estaban en el tema de la investigación medicinal. Así, daban esperanza con sus conocimientos y sobre todo su experiencia porque podrían salvar a muchas personas de enfermedades

incurables. Eso con la finalidad de que los habitantes no murieran tomando pastillas artificiales que dañan más el organismo. Contaban con remedios tanto para el cáncer, la diabetes, la gripe, la tos, la gastritis y muchas otras enfermedades que hacían agonizar a la población mundial.

Sin embargo, las medicinas no alcanzaban. No era porque faltasen, sino porque tenían una gran afinidad con la naturaleza. Elaboraban más y más remedios. Pero solo se fabricaban en porciones pequeñas, dándonos a entender que de cincuenta personas solo podían salvarse cinco. Es decir, un diez por ciento. Para el Gobierno había sido una pérdida de tiempo, sin ningún resultado, abriéndose un debate entre la comunidad y el Estado por la diversidad del pueblo. Pero sin tomar en cuenta el daño irremediable que le iban a causar a cada punto de esa localidad, porque el pensar humano del Estado no solo se basaba en conseguir las habilidades curativas y el conocimiento de las plantas medicinales, sino que también querían saquear y deforestar los árboles maderables.

Los espacios durante generaciones fueron puestos para el restablecimiento del bosque por los hechos cometidos anteriormente por un grupo de madereros ilegales. Con el tiempo se tornaron en gigantescos monumentos naturales parecidos a edificios, donde los niños podían jugar y sobre todo aprender sobre ellos de un modo pacífico. De manera que, al escuchar estos testimonios de los pobladores, un abogado especializado en el derecho ambiental, que tenía como apellido Bendezú, agarró el caso porque tenía ese amor por la naturaleza y además le dolía todo lo que estaban

pasando esas personas. Asimismo, otro hecho que él declaraba era que los remedios hechos por estos indígenas no eran una cura, sino que solo te iban a ayudar a aliviar la enfermedad de una forma más eficaz y menos dañina, ya que todos los medicamentos que venden en las boticas se sabe que contienen elementos que podrían dañar el cuerpo. De esa manera, el abogado se puso en marcha con todos los argumentos necesarios para poder ganar el caso. Fue así que llegó el día en el que ambas partes tenían que dar su descargo.

El Estado dio su punto de vista. Para ese entonces, tenían que dejar que personas capacitadas en el ámbito de la medicina ingresaran a aquel lugar con el fin de poder contar con toda la información deseada y así poder tener la esencia milagrosa.

Por su parte, el abogado quería llegar a esa esencia racional dentro de cada persona para que pudiera entender que para el mejoramiento no era necesario pelearse por esos recursos tan valiosos. El mejor método es compartir el conocimiento y la experiencia para que haya un ambiente de paz y tranquilidad. Además, todo este escándalo era por las puras, ya que los remedios impuestos por estos pobladores son calmantes. Terminó con la frase: *“Las personas vienen y van, pero un sistema ecológico nunca regresará por la idiotez de las personas”*. Sin embargo, a pesar de todo el esfuerzo y los comentarios del abogado no se pudo hacer nada, ya que el otro bando ganó, y no porque su alegato era el mejor y el más relevante, sino porque cada una de las personas en esa sala estaban compradas.

Un día, un grupo de exploradores llegó a la comunidad y empezaron con sus investigaciones y estudios en el ámbito de la flora y fauna de la selva, pero también estaban interesados en aprender más sobre la gente que vivía allí, sorprendiendo de una manera increíble a todos, ya que se portaban tan amable con todos, y por ningún motivo maltrataban su sistema ecológico. Esto hacía pensar a los pobladores si se trataba de un engaño, de manera que cuando bajasen la guardia los irían a atacar y arrasaría con todo. Pero esta hazaña se repitió por semanas, durante las cuales se formó un ambiente de confianza con todos, donde los habitantes de la comunidad eran amables y acogedores con los exploradores, compartiendo sus conocimientos sobre la selva y enseñándoles cómo cazar y recolectar.

Sin embargo, los exploradores tenían algo entre manos, porque a la hora de su descanso actuaban de manera muy extraña, y de vez en cuando, mientras estaban conversando con los pobladores, también hacían preguntas extrañas como si había algún animal raro o exótico por el lugar, y si había una manera de encontrarlo, y si fuera de ese modo, qué alimento se podía poner para atraerlo, preguntas que dejaban intrigados a todos.

La verdadera interrogante era ¿para qué o qué propósito tenían? Una interrogante en la que todos en la comunidad se ponían a pensar. Así que un día, cuando estaba lloviendo, aparecieron los exploradores con un grupo armado y con una jaula. De un momento a otro, se tornó denso el ambiente, y en ese instante apareció un hombre alto bien agarrado. La

autoridad estaba comandando ese saqueo, para la entrega de plantas y animales de dicho lugar y así estudiarlos en un laboratorio. La gente de la comunidad se opuso a esto en un primer momento, sabiendo que la extracción de sus plantas podría dañar la selva y perturbar el equilibrio ecológico. Luego se acordaron del momento en que lo perdieron todo en el juicio, sin nada más que hacer. A los pobladores solo les quedaba apelar a sus sentimientos y decisiones. No les hicieron caso. Pero la gota que derramó el vaso fue la búsqueda y la matanza de un animal raro e indomable que era considerado sagrado por la comunidad, que era nada más y menos que un increíble jaguar. Era considerado como un dios en la comunidad. Los habitantes de la comunidad estaban enfurecidos por la matanza del jaguar, jurando que nadie más volvería a entrar a su comunidad, aun por orden del Estado.

Finalmente, en un intento por detener a los exploradores, los habitantes de la comunidad bloquearon el camino con árboles y fierros, lo cual les provocó ira y furia a los exploradores, por no poder continuar con sus estudios. De esa manera, iniciaron un enfrentamiento catastrófico entre el Estado y los shushu, una comunidad que solo peleaba por resguardar sus dominios.

La confrontación fue violenta y desgarradora, lo que dejó como consecuencia que muchas personas de la comunidad fueran heridas y algunas incluso murieran. Al final, los exploradores lograron abrirse paso y continuar con sus estudios.

La comunidad quedó devastada por la pérdida de vidas y la violencia, y desde ese día nunca volvieron a confiar en los extranjeros y se aislaron aún más en la selva, donde la tragedia de ese día se convirtió en una leyenda, contada por generaciones como una advertencia de los peligros de la codicia y la falta de respeto por la naturaleza y las culturas indígenas.

# LA SEÑORITA CORVINA

(Tradición yanesha)

*Delia Abisrrior Huansi*

**E**N UN LEJANO VALLE VIVÍA LA SEÑORITA CORVINA. Un día, vio pasar por su huerta al buen galán Súngaro, un joven de ojos azules y de barba. La señorita se quedó asombrada de aquel buen galán. Conmovida, Corvina salió e hizo un silbido. En ello, escuchando el piropo, él volteó y sonriéndose empezaron a caminar y a platicar. Así, luego de una conversación larga, se despidieron para ir cada uno a su casa. Pero el buen galán tan enamorado de la señorita decidió volver a su casa al tercer día para concertar una cita y declarar su amor. Después de ello, decidieron salir a solas y allí el buen galán, demostrando su amor, le propuso matrimonio y la buena Corvina tan emocionada aceptó la propuesta y de buena manera ambos decidieron casarse. Para el matrimonio hicieron la invitación al pueblo, en especial al señor juez, el Sábalo. También invitó al buen Paiche, que participó como cura. La Pejerrey participó como señorita secretaria. Llegaron otros invitados: las Carachamas con bombos y platillos, tocando al son del matrimonio para que pasase la novia, y el Lagarto como locutor estaba animando la fiesta. El Bujurqui, espectando aturdido porque nunca vio algo así y de

repente apareció la Paña con su bastón de espuela de la Crachama. Así se desarrolló la boda con las palabras de bendición del padre el Paiche y se realizó sin ningún problema. Se casaron, tuvieron hijos y ahora viven felices y contentos.

# IHUARAQUI: EL ÚLTIMO GUERRERO DE LAS HORMIGAS

Melchisedec Benjamín Zavala Pillco

**E**N UN PUEBLO MUY LEJANO, EN LA PROFUNDIDAD DE LA SELVA AMAZÓNICA, EXISTÍA UNA GRAN COLONIA DE HORMIGAS. Ellas construían sus castillos, en la oscuridad, debajo de las atiborradas pilas de hojarasca que caían durante el largo y tórrido verano. Enormes bejucales colgaban de los árboles, que adornaban y protegían a miles de tambos construidos por Ipushima, el curaca de las hormigas. Este era quien tutelaba y organizaba el modelo de la urbe para millones de hormigas que habitaban en todo el recinto.

Ipushima, el protector de las hormigas, tenía un nieto muy querido llamado Ihuaraqui. Él era joven e impetuoso y siempre estaba al servicio de su anciano abuelo, quien parecía estar viviendo los últimos años de su vida. El curaca tenía mucha experiencia en el asunto de las hormigas, pues había vivido más de ciento veinte años junto a ellas y las conocía como a sí mismo. Todos los días, incansablemente, instruía al joven Ihuaraqui para que, cuando él ya no estuviera presente, pudiera conducir al pueblo.

—Tienes que estar preparado, querido nieto, porque las escrituras del papiro de nuestras progenies predicen que en

algún tiempo de nuestras descendencias invadirán gigantescos osos hormigueros y terminarán con nuestra población —le decía, con mucha frecuencia, el sabio curaca.

—Ya lo sé, abuelo —respondía, con voz firme, Ihuaraqui.

—Desde hace mucho tiempo, estuve vigilante, he armado tropas de más tres millones de hormigas soldados, entre arqueros y espadachines; pero han transcurrido más de ochenta años y aún no ha sucedido absolutamente nada; las hormigas han dejado de creer en las predicciones ancestrales; sin embargo, tengo el presentimiento de que los osos hormigueros invadirán nuestro dominio y derruirán nuestras fortalezas y muchos morirán, esa es la desazón que siempre me acompaña —comentaba, muy preocupado, el viejo curaca.

Ihuaraqui, el guerrero hormiguín, se preparaba para la supuesta invasión de los osos hormigueros, por eso, todos los días realizaba la práctica de tiro al arco. El curaca Ipushima apoyado en su bastón y con una rama de yarina sobre la cabeza se protegía del calor que le producía los fuertes rayos del astro rey. Observaba muy satisfecho lo que hacía su amado nieto. A su vez, le indicaba la extensión y los límites de su dominio que tendría que defender en el futuro.

—Tendrás que evitar que las nuevas generaciones crucen la quebrada Sheboreo, porque allá, en el otro lado, se encuentran los enemigos, los que exterminarán con todo —le decía Ipushima a su nieto.

—Así será, abuelo, tus palabras son órdenes para mí —contestaba Ihuaraqui, muy seguro.

—Tenemos que evitar que se enteren de nuestra existencia, de lo contrario, nos invadirán y acabarán con los nuestros —continuaba diciendo el anciano.

Ihuaraqui era un guerrero por naturaleza, fornido y de gran estatura, conocía el lugar, sabía usar las armas en su defensa, y también para cazar animales. Sin embargo, tenía una inquietud que retumbaba en su cabeza. Estaba preparándose para la guerra contra los osos hormigueros, pero no tenía ni la menor idea de cómo eran estos animales tan temibles, que su abuelo tantas veces le había contado.

Así, con mucha curiosidad, le preguntó:

—Abuelo —profirió con voz ronca—, ¿cómo son los osos hormigueros?

—Son animales muy grandes, tienen una larga trompa con la que absorberían a miles de hormigas en un solo segundo. Por eso te digo que nuestro imperio no debe descuidar, por ningún motivo, la práctica del servicio militar, porque ni todas las hormigas del mundo podrían vencer a semejantes animales.

El rollo del papiro siempre estaba cautelosamente conservado por las hormigas sacerdotes, las más veteranas. Las más jóvenes se divertían escalando las ramas de los árboles, mientras que las hormigas señoritas, unas tejían y otras cocinaban sabrosos potajes para toda la familia. Esa era una rutina.

Por aquellos días, el curaca de las hormigas se encontraba desfalleciente debido a su avanzada edad. Ipushima no

resistió más el peso de los años. Murió el más veterano y último anciano de su generación. Feneció aquella hormiga que, cuando joven, logró librar una batalla campal con gigantescos osos hormigueros. Batalla que significó un duelo a muerte en aquella época.

A la muerte de Ipushima, la población de hormigas, en su totalidad, se involucró en hojas secas. Fue una noche de duelo muy singular, porque las hormigas velaron el cuerpo del curaca al son de tristes cánticos. Asimismo, muchas hormigas de otros dominios se unieron al dolor por la desaparición del gran curaca Ipushima.

Al día siguiente, en medio de músicas y cantos fúnebres, condujeron el cuerpo inerte del anciano curaca hacia el camposanto. Y como recuerdo de sus grandes batallas, le ofrendaron sus trofeos y colocaron al lado del cuerpo ya sin vida sus propios arcos y espadas.

Después de la ceremoniosa sepultura de quien en vida fuera el gran curaca de las hormigas, los sacerdotes guardianes del papiro ungieron a Ihuaraqui, nieto de Ipushima, como su sucesor, tal como él siempre deseó. En su alocución, el flamante y joven curaca dijo lo siguiente: “El curaca Ipushima no ha muerto, el morirá el día que nos olvidemos de él”.

Transcurrieron veinte años después de la muerte de Ipushima. En el pueblo las nuevas generaciones de hormigas habían quemado los rollos de papiro. Se olvidaron de las tradiciones ancestrales e incluso dejaron de creer en el

curaca, porque nunca sucedió lo tan mentado sobre los osos hormigueros. Creyeron que todo era una falacia o un mito que había inventado el anciano protector de las hormigas.

Sin embargo, después de tres décadas, en el lugar apareció un enorme oso. Era tan grande que el tamaño de su cabeza cubría la luz del sol que alumbraba el castillo. Cuando las hormigas lo vieron, quedaron estupefactas, pues era tal como lo describía el curaca Ipushima. Todos corrieron y cogieron sus arcos, pero muy tarde fue la reacción... aquel día todos murieron en la cruenta batalla contra el gigantesco oso hormiguero. El último guerrero de las hormigas batalló contra el enemigo, hasta que cayó abatido y finalmente murió.



## POMARROSA

Joyce Siobhan Gonzales Rojas

**E**N UNA COMUNIDAD DEL ALTO UCAYALI HABITABA UNA MUJER MUY HERMOSA, DE OJOS CLAROS Y DE BUEN CORAZÓN LLAMADA ROSA. A ella y a su esposo Mario les encantaba ayudar a los niños que vivían en la comunidad, pues para ambos era un placer poder apoyar a las niñas y a los niños, toda vez que en lo profundo de su corazón sabían que ellos nunca iban a poder ser padres, así que ayudarlos les daba consuelo y felicidad. Sin embargo, Rosa sentía que aquella felicidad no era suficiente para vivir tranquila, pues nunca iba a tener la dicha de concebir un hijo para su esposo. Con el pasar de los años, Rosa cada día se sentía muy triste de no poder darle un hijo a su esposo, así que, después de mucho pensar sola en su habitación, encontró una posible solución. Estando su esposo en su huerta, partiendo la leña, ella le dijo:

—¡Amor mío!, mañana será un gran día para nosotros, solo quiero que sepas que pase lo que pase, siempre estaré a tu lado —dijo Rosa, muy segura de sí misma.

Mario, sin comprender lo que le decía su esposa, le respondió:

—¡Claro que sí, mi amor! Todos los días son grandiosos porque estamos juntos. Tranquila, amor, todo lo que la naturaleza nos ha dado es felicidad.

Al día siguiente, muy temprano, aprovechando que Mario se fue a trabajar, Rosa salió de casa en busca de hacer realidad su desesperado anhelo, con la ayuda de una bruja que era muy conocida en la zona y que vivía muy alejada de la comunidad.

Luego de caminar por más de una hora, Rosa, muy cansada, ya se estaba desanimando porque no encontraba el lugar. Sin embargo, al levantar la cabeza vio una cabaña pequeña, desolada y triste.

Rosa se preguntó, medio asustada: “¿Será esta la cabaña de Martha?”.

Rosa se detuvo por un momento, pero luego continuó caminando cuidadosamente hasta llegar a la puerta.

Tocó la puerta.

Viendo que no salía nadie, se dio la vuelta, decidida a continuar con su búsqueda, porque no se daría por vencida fácilmente.

En ello, sintió que se abrió la puerta, haciendo un ruido estruendoso y en la poca luz de la casa alguien la tomó del brazo, y luego oyó una voz:

—Hola, Rosa, ¿qué te trae por aquí? —preguntó Martha.

Rosa volteó la cabeza y, algo temerosa, vio a una anciana jorobada, de cabellos blancos y piel arrugada. Era la bruja

Martha, a la que todos temían, puesto que sabían de sus hechizos y brujerías.

—Hola, Martha —saludó Rosa.

Y con una voz temblorosa le dijo:

—Señora Martha, he venido porque necesito que me ayudes, estoy segura de que tú eres la única persona que podrá aliviar mi dolor y darme la felicidad que busco. He llevado mucho tiempo intentando ser madre y sé que nunca podré serlo. Hubiese querido darle esa felicidad a mi esposo, pero me había resignado. Hoy los años pesan y no puedo calmarme —le dijo Rosa llorando.

Martha respondió:

—Rosa, no hay forma de que puedas concebir siendo humana. Puedo preparar un hechizo que te permitirá concebir de otra forma y, a la vez, estar siempre al lado de tu esposo.

Rosa no lo dudó y aceptó el hechizo de la bruja.

Cuando estaba a punto de oscurecer, Mario llegó a casa y encontró un hermoso árbol lleno de frutos plantado en la huerta de su casa. Cuando de pronto escuchó una voz que le decía:

—¡Amor mío, soy Rosa! ¡Quiero decirte que hoy tengo la dicha de concebir muchos frutos para ti! Siempre estaré a tu lado.

Fueron las últimas palabras de Rosa para su esposo.

Rosa se había convertido en un hermoso árbol, con muchos frutos. Estaba plantada justo al lado de su casa, manteniendo firme la promesa que le hizo a su esposo de estar siempre a su lado. A partir de ese momento, Mario decidió llamarla mi amada Pomarrosa: poma que significa "fruto de árbol" y Rosa que hará el honor a su nombre, cuyo único sueño fue concebir.

En la actualidad, existen muchas personas que viven como Rosa, angustiadas de no poder tener algo que muchos tienen y no valoran, porque no saben el verdadero significado de la vida. Sin embargo, es importante tener en claro que no se deben perder las esperanzas, ya que después de la tormenta viene la felicidad, tal como lo hizo Rosa, al sacrificarse para darle frutos a su esposo y, a la vez, tener la oportunidad de estar a su lado para siempre.

---

*Cuento que ocupó primer lugar en la región de Ucayali, 2021, en el concurso "Ven que te quiero contar" organizado por la Dirección Regional de Educación de Ucayali, 2021. Asimismo, se publicó en el libro Pomarrosa y otros cuentos de la selva (2022).*

# TAPUSHIMA

## EL NIÑO QUE SE CONVIRTIÓ EN PÁUCAR

Janna Valeria Murrieta Falcón

EL PÁUCAR ES UN AVE PROVENIENTE DE LA SELVA AMAZÓNICA.

**T**apushima era un niño bromista, le gustaba remedar el sonido de los animales, pues así engañaba a las personas. Un día, vino un niño a su choza a pedirle a la madre de Tapushima unas cuantas naranjas. Cuando el niño ya se estaba yendo, hizo un sonido igual al de una serpiente: “shh, shh, shh”. El niño, muy asustado, salió corriendo dejando botadas las naranjas que le habían regalado. La madre, al enterarse de lo sucedido, se enfadó mucho con su hijo y en son de advertencia le dijo:

—Si sigues engañando así, te pasará algo unos de estos días.

Tapushima no le tomó mucha importancia. Transcurrieron varios días y seguía haciendo lo mismo con sus crueles bromas.

Un día llegó una señora al pueblo. Tapushima le hizo una broma, pero esta vez imitó el sonido de un tigre: “grrr, grrr,

grrr". La señora, en vez de salir corriendo, se dio vuelta y le dijo:

—Escucha bien, muchachito, si sigues haciendo estas bromas te puede pasar algo malo —y la señora desapareció así de la nada. La piel de Tapushima se erizó, se quedó muy asustado y se fue corriendo a su choza a contarle lo sucedido a su madre. La madre, al escucharlo, no le creyó, y le dijo que seguro lo habrá imaginado. Tapushima siguió insistiendo y dijo que era cierto lo que le había dicho la señora. La madre se enojó mucho y lo mandó a pescar. Tapushima obedeció, pero él seguía asustado ya que era de noche.

Mientras él estaba en su bote, vio que la señora estaba en la orilla del río. Tapushima se dio cuenta de que la señora lo estaba llamando. Hizo caso al llamado. Cuando llegó a la orilla, la señora le dijo:

—Te lo repito, deja de hacer tus bromas pesadas —y se desvaneció entre la neblina. Tapushima volvió a su choza y decidió no contarle lo sucedido a su madre.

Al día siguiente, Tapushima siguió haciendo las bromas, olvidando lo que sucedió la noche anterior. Cuando llegó la noche, se fue a dormir. Al día siguiente se despertó y quiso llamar a su madre, pero se dio cuenta de que hacía un sonido igual al de un páucar y al querer levantarse miró que tenía alas. Se asustó mucho y salió volando hacia la orilla del río y vio su reflejo en el río. Se dio cuenta de que era un páucar. A su lado estaba la señora y le dijo:

—¿Ves? ¡Por tu desobediencia te pasó esto!

Tapushima, muy pensativo, concluyó que la señora no era humana sino un ser poderoso que le dio una lección. A esto, la señora le dijo que, si quería volver a ser niño, debía hacer buenos actos.

Él hizo ver su primer buen acto, que fue ayudar a una mona que estaba siendo perseguida por una culebra. Lo que hizo fue imitar el sonido de un otorongo y así la culebra se asustó y se fue. La mona le agradeció. Transcurrido el tiempo, Tapushima se dio cuenta de que aún seguía siendo un páucar, y se puso muy triste, rogaba para que volviera a ser un niño otra vez y llorando se arrepentía de todo lo malo que hizo. A la mañana siguiente, al despertarse, escuchó una voz que le decía: "Tus buenos actos no son suficientes para volver a ser un niño, tienes que arrepentirte de todo corazón". Tapushima se puso triste, pues ya quería volver a ser un niño otra vez. Lloró y rogó de todo corazón ser un niño de nuevo, diciendo:

—Conviérteme en un niño, por favor, extraño mucho a mi mamá.

La mujer se conmovió y le dijo:

—Te convertiré otra vez en un niño, pero solo si sigues haciendo buenos actos —y la mujer se desvaneció entre la neblina.

Tapushima se puso a meditar y secándose las lágrimas dijo:

—¡Sí, quiero volver a ser un niño de bien y debo comportarme como tal!

Llegó la noche y Tapushima se fue a cazar para su cena. Mientras él estaba cazando, oyó el grito de un majas. Se fue a ver qué pasaba y se dio cuenta de que un tigrillo perseguía a un majas, Tapushima lo quiso salvar y empezó a picotear al tigrillo, hiriéndolo en el lomo. El tigrillo estaba muy enojado por lo que le hizo, se volteó y logró morderle una de sus alas. Tapushima tuvo que esconderse entre las ramas de los árboles y para poder salvar al majas hizo un sonido igual al de un otorongo —grrrr, grrrr, grrrr—, haciendo que el tigrillo se asustase y saliera corriendo. El majas estaba muy agradecido por lo que hizo Tapushima, ya que sacrificó su vida para salvarlo, El majas se dio cuenta de que Tapushima estaba herido. Decidió llevarlo donde una mona que era la mejor curandera del bosque. La mona curó la herida de Tapushima con sábila y luego la vendó. Tapushima agradeció al majas y a la mona por ayudarlo. Luego se fue a dormir a su nido, y entre sueños le habló una señora que le decía:

—Bien, Tapushima, salvar a ese animal fue el mejor acto que hiciste.

Tapushima se levantó de su profundo sueño y al querer volar se dio cuenta de que tenía manos y pies, también que ya podía hablar y dijo:

—¡Qué felicidad!

Ya que era un niño otra vez, saltó del nido con cuidado para no caerse y empezó su camino hacia su choza. En medio del camino, encontró un mono bebé y decidió llevárselo a su choza. Cuando llegó a su querido pueblo de Chapra, empezó a

buscar su choza y al encontrarla empezó a gritar: "¡Mamá, mamá!", y su madre lo escuchó y salió corriendo. Al verlo, se puso muy feliz, abrazó a su hijo y los dos lloraron de felicidad. Desde de ese día, Tapushima empezó a ser un niño obediente y honesto. Enseñó a los demás niños que mentir a las personas no conlleva a nada bueno.

*Cuento que ocupó segundo lugar en la región de Ucayali-2022, en el concurso "Ven que te quiero contar" organizado por la Dirección Regional de Educación de Ucayali-2022. Asimismo, se publicó en el libro Guerra de las boas (2023), Institución Educativa n.º 65012-GALPESA-Pucallpa. Asesora: Karla Jajaira Cárdenas Yñape.*



## AMA LLULLA

Dino Ángel Díaz Pérez

**E**N LA SIERRA, HACE MUCHO TIEMPO, UN JOVEN TENÍA UNA ESPOSA MUY BELLA Y A LA VEZ MUY DILIGENTE Y TRABAJADORA. Él era descuidado y gandul, y quedábase siempre en casa realizando trabajos del hogar. Ella todas las mañanas salía a trabajar en la chacra.

Un día, al joven esposo le llegó una “gran idea”: consistía en fingir su muerte y luego resucitar para que su linda mujer nunca lo dejara y a la vez lo amara más. Y así lo hizo. Su astucia había dado frutos dos veces.

—Una más lo haré —pensó riéndose en silencio y así lo hizo.

Incansablemente sollozaba la desconsolada mujer detrás del gentío bullicioso y las melodías fúnebres de la orquesta que entonaba sin cesar melodías luctuosas y melancólicas en el día del entierro. En esos instantes, ya junto a la fosa, el joven golpeaba el cajón insistentemente para que lo sacasen y todos lo aclamaran como un milagro. Los sepultaros, hombres con sus rostros hoscos y piel cetrina, muy cansados y coléricos por la farsa, hacían oídos sordos a los golpes del féretro del joven mentiroso, y uno de ellos sacó de su bolsillo unos clavos grandes y el otro pasó un martillo y raudamente

clavó nuevamente el féretro (la joven viuda estaba muy lejos para oír al joven mentiroso y muy cerca de la orquesta que entonaba sus melodías y el ruido era ensordecedor). Uno de los cargadores del féretro cansino y sudoroso en voz baja dijo:

—¡No quieres morir! ¡Ahora verás! ¡Morirás por mentiroso y ocioso! ¡Muérete ya y no estés jodiendo!

La mujer se había desmayado, estaba fuera de sí por la irreparable pérdida de su amado esposo. Las personas trataban de reanimarla con ruda, aguardiente y otras especias aromáticas. Más allá, un grupúsculo de mujeres que fingían sollozos lastimeros y con el bullicio de la orquesta sepulcral hacían oídos sordos a los gritos y súplicas del joven mitómano. Se apresuraron a introducir el féretro al hoyo oscuro y tétrico. Rápidamente llenáronle de tierra y piedras. Le rezaron una oración en el camposanto y luego, con los rostros fingidos y faustos sus corazones, regresaron todos a sus hogares.

Después de meses, la joven viuda y muy bella se volvió a enamorar de un forastero diligente y trabajador. Se casó y tuvieron muchos hijos y fueron muy felices.

## LA SOPA DE RANAS

Dino Ángel Díaz Pérez

**H**ABÍA UN VIAJERO QUE LLEVABA ALIMENTOS Y VÍVERES CON SUS JUMENTOS POR LA CARRETERA A YAROWILCA. Llegó a un lugar llamado Corona del Inca. Caminaba, caminaba y muy pronto se le vino la noche.

Más allá del camino carrozable, vio una casa y dentro de ella había una lámpara que iluminaba el recinto. Acercóse a ella y tocó la puerta. Rápidamente abrió una señora de estatura mediana con el rostro adusto y risueña que le preguntó:

—¿En qué le puedo ayudar?

—Buenas noches, me hice tarde. ¿Me podría dar posada por esta noche? ¡Por favor, le voy a pagar, señora! Muy temprano me iré sin que nadie me vea y continuaré mi viaje.

—Está bien —respondió muy amable la mujer —, pero te quedarás en el granero que está por allá —dijo y apuntó a unos treinta metros de la casa.

—Muchas gracias, buena mujer.

La mujer sacó unas frazadas pesadas de tejido de lana y se las entregó al viajero. Él dio la vuelta y cogió las sogas de los jumentos y en las pequeñas plantas de ichu y las hierbas los amarró. Ingresó al granero y este estaba lleno de paja seca, y a un costado tendió las frazadas y se sentó doblando las

rodillas. Sacó su puro y su coca y comenzó la chacchapada antes de conseguir un sueño profundo. Pero él no comprendía ni cabía en su razón por qué su coca sabía amarga, ni con la cal se ponía dulce, y esto ya lo sentía hacía días y no dejaba preocuparlo e inmediatamente le llegaba un pensamiento extraño y vacuo. Pero no se inmutaba, seguía con la chaccha pidiendo al taita Jirka y a todos los cerros que le ayudasen a llegar a su destino sano y salvo y lo cuiden y amparen de cualquier peligro o desgracia. Entonces sonó la puerta:

¡Tac, tac, tac...! Y en medio de la oscuridad apareció la buena señora diciendo:

—Señor, estará con mucha hambre, le traje un poco de sopa. Sírvete.

—¡Muchas gracias! —respondió rápidamente el viajero.

La señora entregó el plato y se fue. El viajero tomó la sopa y ¡eureka!, se sorprendió porque era una sopa sin igual y muy exquisita. Era tan sabrosa que le hizo pararse y dejar la chaccha y decidió pedirle más a la señora y así lo hizo. Tocó la puerta muy fuerte y la señora salió asustada. El viajero le explicó que nunca había degustado una sopa tan rica y le preguntó si tenía más para que le convidara y la señora un poco apesadumbrada respondió:

—¡No, señor! Lo siento, es el último plato que tuve y no hay más.

Se puso un poco triste por la respuesta, pero volvió a preguntar:

—¿Cómo se llaman esos animalitos pequeños que echó en la sopa? ¿Y dónde los ha cazado para ir en busca de más?

La señora lo miró como una madre tierna y le dijo amablemente que esos animalitos se llamaban ranas y vivían en esas pozas. Le señaló con su índice derecho unos pozos muy cerca del granero.

—¿Ranas? —respondió el viajero.

—¡Sí, señor! ¡Allí hay bastante!

Pidió prestada una olla grande y, muy alegre, salió raudo. Sacó sus zapatos remangándose el pantalón, comenzó la cacería de las benditas ranas. Atrapó según él a “muchas y de varios colores y variedades” en medio de la penumbra clara de una peculiar noche fría e indolente de la sierra andina. Él, con el corazón lleno de júbilo, entonaba un silbido tenue de un huaynito serrano. Cazó como unas veinte o veintidós y una a una las echaba a la olla y las hizo hervir a todas con fideos, ajos y pimienta y comino que traía de la ciudad en uno de los costales de yute.

Ya luego del banquete, quedó saciado y como dice barriga llena corazón contento, pero de este se había sobrepasado de felicidad y dicha. Se echó de bruces pesadamente para dormir. Pasaron los minutos y no lograba conciliar el sueño, e inmediatamente comenzó a inflársele la barriga como un globo gigante que quería explotar. Ya era de madrugada y desde la ventana decidió pedir ayuda. Se escuchaban barullos y la señora apareció en su ventana. Desde lejos observó lo que pasaba. Solo lograba ver la mano del viajero

que se movía y se acordó de que los viajeros solían seguir su camino antes de que apareciera el alba. Le respondió moviendo la mano derecha:

—¡Adiós, señor, feliz viaje y que le vaya bien!

Somnolienta, rápidamente cerró la cortina.

Al día siguiente, ya con los primeros chisporroteos de luz del amanecer, la señora fue al granero. Ella se sorprendió porque los jumentos del viajero estaban aún ahí, pastando las hierbas buenas, frescas y cubiertas con el rocío matutino de un nuevo día. Ingresó al granero con un mal presentimiento. Encontró al hombre muerto con la cara mirando al cielo y la boca abierta y llena de baba blanca y espumosa, y al lado de la olla, varios trozos desparramados y ensangrentados de cartílagos de sapos y ranas. Triste, la señora avisó a las autoridades del pueblo para el levantamiento del cadáver.

## EL TUKU

Dino Ángel Díaz Pérez

**F**RENTE A LA VENTANA DE MI CUARTO CON OLOR A MADERA DE QUINILLA. ERA LA UNA DE LA MADRUGADA. Todo estaba iluminado por una luz blanquecina que hería maquiavélicamente mis pupilas. De pronto, mis oídos nítidamente captaban el vuelo de un ave noctámbula que se posaba en el cocotal del cuarto contiguo del hospedaje donde pernoctaba en esos tiempos de ensueño en medio de la madre selva. Tenía tantos presentimientos obscenos y extraños que me invadió el miedo.

Trataba de percibir los movimientos de la extraña ave. Mi cuerpo comenzó a enfriarse, como si algo muy malo hubiera de sucederme de manera súbita en mi corta vida. Cuando la extraña ave se posaba en uno de los árboles de coco, recordé que me hablaban mal de ella: unos le decían búho, otros tuku. Así decían los pueblerinos y hasta mi mismísimo abuelo Pencho. Su nombre de pila era Melchor, pero de cariño lo decíamos así, por no decirle en su cara pelada “Falo”, por la fama de mujeriego y pendenciero. Discúlpame, abuelo querido, que el Señor te tenga en su regazo y lo estés gozando mejor que en los malos tiempos, porque lo más importante es que fuiste una buena persona y gran ser humano, y siempre vivirás y estarás presente en los corazones de los

que realmente te amamos. Ahí, por primera vez, ya pude comprender de dónde había heredado algunas de sus innatas y muy peculiares dotes y habilidades, pero es un talento que pocos o nadie saben porque soy muy sigiloso cuando hago mis malacrianzas.

El ave lanzaba su lastimero y enigmático canto. Según ellos y los cuentos populares, si ululaba, alguien sufriría un accidente o más seguro moriría por cualquier razón extraña o divina, y en esos instantes escuché:

—¡Tucu, tucu, tucu, tucu...! Y comenzaba a aletear raudo hacia mi cuarto por la ventana que solo cubría una cortina y las mallas metálicas muy frágiles.

Trataba de ingresar con aleteos haciendo un ruido como un huracán de hojas. De pronto se cayó la cortina y lo más extraño era que allá afuera todo estaba iluminado como un mediodía de verano. El calor se disipó y todo se cubría de un aire gélido. Yo observaba que esa ave intensamente negra con el pico deformado trataba de ingresar al cuarto y vi atónito que se convirtió en humo negro e ingresaba sigilosa como un ladronzuelo al cuarto del hotel. Se dirigió como niebla negra al lado derecho posterior izquierdo del cuarto. No le quitaba la vista, observaba cómo este extraño humo magro se convertía en un hombre enjuto, capa negra con sombrero amplio y redondo y me miraba fijamente. La cara y sus ojos eran vacíos como una fosa sin fondo ni forma. Lo miré de arriba abajo y él con sus ojos vacíos e inocuos me miraba malicioso, impasible y malhumorado. De repente, observé que sus pies flotaban en el aire y yo estaba

petrificado por el miedo y el extraño ambiente helado con olor hediondo. Saqué mis conclusiones: era el mismísimo Lucifer. Mis pelos y bellos se erizaban como un puercoespín. Me tumbé en el catre de madera para ver sus movimientos y este raudamente se lanzó como un gato montés hambriento y depredador, y ágilmente con sus heladas manos apretaba mi cuello y me di cuenta de que quería estrangularme en un santiamén con sus fuerzas descomunales como de un toro negro y bravo. De pronto, logré sacar fuerzas y puse la mano por debajo de mi cama, cogí mi zapatilla y la lancé a la puerta contigua haciendo un ruido ensordecedor. Mi amiga Sandra (profesora de profesión) que dormía en el cuarto de al lado y algunos vecinos del hotel gritaron diciendo:

—¡Mucha bulla, carajo, dejen dormir!

El extraño espectro en forma humana y con más de dos metros de altura me soltó rápidamente y se puso en la esquina nuevamente del cuartucho. Yo estaba muy asustado pensando en qué hacer para deshacerme del intruso, pero mi mente se puso en blanco. Solo quería escapar. Cuando pretendí hacer un movimiento, este nuevamente se abalanzó para volver a ahorcarme y pensé: “¡Este es mi fin!”. Moribundo, sin fuerzas ya, sin nada que hacer, estaba perdido e indefenso. Cuando ya me faltaba la respiración y casi muerto, me vino un pensamiento repentino y recordé a Jesús de Nazaret. Comencé a rezar el Padre Nuestro y el demonio se puso nervioso y se asustó. Me soltó y se desvaneció nuevamente en humo gris. Todo se cubrió de un olor nauseabundo y solo escuché unos aleteos sin rumbo de

ave asustada hacia la ventana por donde ingresó y se dirigió desesperado por la espesura de los árboles de la madre selva. Me había salvado. Realmente estaba agradecido del Padre Supremo. No me quedé tranquilo ni a patadas. Al siguiente día, lo esperé a la misma hora con una honda bien cargada para poder derribar al ave maligna.

No regresó en tres días. Yo lo estaba esperando armado de gallardía, sentado en el balcón de madera, y desde allí pude escuchar nuevamente sus aleteos. Se posaba en la rama de coco y yo estaba presto a lanzar el primer hondazo al mismísimo demonio con la puntería que me caracterizaba. Este, muy astuto, se percató de mi plan y mi presencia, y muy presto y raudo se echó a volar. Podía ver a lo lejos un punto negro en movimiento y escuchar los aleteos, perdiéndose en la espesura de los árboles.

# RECUERDOS DE MI PUEBLO

Javier Angulo Rengifo

**A**LLÁ EN EL PUEBLO REQUENA, EN AQUELLA MALOCA CON PALOS Y HOJAS DE IRAPAY, se quedó mi vieja y humilde casa, con mi vieja gente, con la cual acostumbraba a chimbar las huertas de los vecinos; gente a quienes recuerdo cada día de mi vida, acá, en esta tierra lejana y colmada de un frío que trastoca mis huesos y mi corazón.

En mis sueños, yo regreso a mi pueblo y en ellos me veo disfrutando una rica patarashca, acompañada del infaltable shibe. Añoro mi pueblo donde quedó doña Sergia, la abuela de todos, y el abuelo Alejo, que todas las tardes saca la mecedora de colores, pero ya poshecos a causa del fuerte sol.

En aquel patio donde se reúnen todos a jugar bingo y por las noches a contar historias, algunas que sí ocurrieron y otras inventadas, pero al ser escuchadas todos asentaban la cabeza asegurando que sí eran verdad.

Allá en el pueblo se quedó mi abuelita que hace los ricos juanes, cuando es la fiesta de San Juan, y los prepara en una tina que sirve para lavar la ropa. Yo quisiera regresar. Todas las noches me digo a mí mismo que debo regresar, porque acá

donde estoy me asfixio al respirar tanto aire contaminado que van dejando los carros y las empresas; la verdad, ya no soy feliz. Extraño todo de aquel viejo, pero caluroso pueblecito rural, en donde las calles son de polvo y las casas de madera y otras de hojas de irapayg.

Siempre, antes de dormir, le pido a Dios que me deje volver al pueblo donde dejé el chucho que yo sé que cuando me vea, correrá a mis brazos. En algunas noches frías lloro porque acá estoy solo, casi sin vida y sin poder ser feliz al lado de mi gente.

Allá en mi pueblo está el amigo Toribio, que acostumbra sacar la guitarra por las noches de luna llena y entonar las canciones que narran historias de desamor y nostalgia. En ese patio tan famoso por las vecinas, nos juntábamos para conversar de la vida, escuchando los sabios consejos del abuelo Alejo, el “Moshaco”, ya que también contaba historias de sus amores juveniles.

Allá en mi pueblo está mi abuela que tanto me ama. Juntos preparamos los ricos chupetes, para luego venderlos en los parques. Mi viejita, la extraño tanto, que hasta en mis sueños creo verla y en ella me dice que regrese a casa, que todos me esperan.

Allá en mi pueblo se quedó mi vida, en sus calles, llenas de polvo, en sus ríos de aguas turbias, en donde tantas veces fui a ver el atardecer, mientras don Robisho nos contaba de cómo era antes la vida en el pueblo. Quiero seguir, pero ya no puedo más, pues al seguir recordando cada episodio de lo

que viví allá en mi pueblo, brota en cada uno de mis ojos  
lágrima amarga de desdicha e impotencia.

Por eso, cuando sientas que te marcharas a otro lugar,  
fuera de tu tierra, trata en lo posible de llevar los lindos  
recuerdos, pues estos te ayudarán a salir adelante frente a las  
adversidades.



# PESCADOR EMBRUJADO

Javier Angulo Rengifo

LA LUNA PALIDECÍA CON LA AURORA. DON SHICO SALIÓ DEL NEGRUZCO MOSQUITERO AL LADRIDO DE LOS BULLICIOSOS PERROS. Debía prepararse como todos los días para ir a pescar. Lejanas voces se escuchaban en el puerto del reloj público. Risas insinuantes de mujeres le hicieron fruncir la frente. “Esa debe ser la Ortencia con el Mañuco, todos tienen su popera. No escucho la voz de doña Cunshi”.

—¿Habrá llegado de Iquitos?

—Don Shico, apúrate, ya te dejamos —lo llamaron del puerto.

—Tal vez tu anzuelo no vale —dijo una voz femenina.

—Adelántense nomás. En la cocha los alcanzo.

Las canoas se deslizaron en el río Ucayali. Las poperas dirigían con habilidad hacia la cocha de Contamana.

Entre claro y oscuro las canoítas se perdieron en el recodo del río. En tanto, don Shico sacaba los anzuelos de barandilla del costal de arroz. Recordó que en la última fiesta de carnaval no se atrevió a sacar pareja. Le gustaban todas las huambrillas, pero cada vez que las miraba, las espantaba. “No soy frío. Soy buen pescador, tengo dos chacritas y algún ahorrito guardado, amigos y hasta el maestro del pueblo me

tiene cariño, no sé qué pasa conmigo, cada día estoy más triste, más solo. Buscaré mi popera, viajaré, si es posible iré a otros pueblos. Buscaré a doña Cunshi en Iquitos”.

Una bandada de paucares zigzagueantes revoloteó y pasó sobre su techo distraendo sus pensamientos. Bajó al puerto, tomó su canoa y entró en el río.

En la cocha no encontró a nadie. Maliciosas imágenes acudieron a su mente. Sus ojos calculadores miraron hacia la cocha. Amarró su bote en el guayabal. Con suri de pijuayo empató el anzuelo para atrapar bujurquis. “Agarraré los más sabrosos bujurquis en las palizadas del canto de la cocha, antes que otros me ganen”. Al iniciar la pesca, un grupo de bufeos colorados resoplaron cerca de él, dejando un repugnante olor. Se molestó. “Van a espantar a los bujurquis estos disparates. Cómo uno de ellos no se convierte así en una linda mujer para hacerla mi popera”.

Repentinamente, al tirar el anzuelo, sintió náuseas, le tembló todo el cuerpo y quedó lánguido, mareado. Su canoa, al parecer, daba vueltas. Cerró sus ojos y no los pudo volver a abrir. Se quedó recostado en la proa. Un urkututo lanzó su canto de alerta. De pronto, un rostro bello emergió lentamente del agua junto a la canoa de don Shico. Tenía el pelo largo y negro, como noche sin luna. Sus manos jalaban el remo y le dijo:

—¡Shico!, escuché tu pedido, quiero ser tu popera.

—¿Cumplirás tu palabra?

—¿Quién eres y de dónde vienes? —preguntó don Shico.

—Soy Brisa. Vivo en las profundidades del río. ¿Vamos a nadar juntos? Está muy rica el agua.

Aturdido, quedó mudo un instante, la miró a los ojos, ella le sostuvo la mirada. Aceptó y le ayudó a subir al bote. Entonces, al verla de cuerpo entero, quiso desistir. La mitad posterior del cuerpo de la mujer tenía la forma de pez.

¡Era una yacuruna! Demasiado tarde para echarse atrás. Había dado su palabra. Además, era bella la bufea. Su mirada subyugó y no resistió a sus encantos. Nadaron muchas horas en la cocha entre amorosas tertulias y entrega total. Al llegar la tarde, ella lo invitó a ir al fondo del río para vivir juntos. Él no aceptó.

—Todos los días vendré a buscarte, la pasaremos bien —le prometió don Shico.

Sonriendo, Brisa se metió en la cocha y le trajo los bujurquis más grandes. Muchos días pasaron juntos y nadie se enteró de tan extraño romance. Don Shico esperaba con ansias las mañanas para encontrarse con ella y amarse.

Una tarde se dio cuenta de que sus amores no eran normales. Decidió no verla más. Se despidieron hasta el día siguiente, pero él no acudió a la cita. Esa mañana, don Shico caminaba en su casa como animal enjaulado. Bajaba y subía el puerto. No soportó la angustia, a las continuas llamadas de Brisa, y nuevamente bajó al encuentro de ella. Otra vez la cocha fue testigo de tan singular romance. Por la noche, decidió marcharse, puso todas sus pertenencias en la maleta y echándola al hombro tomó el camino hacia el centro del

monte, donde vivía don Mishaja, el brujo. Llegó agotado al tambo y mientras subía el emponado, el brujo murmuró:

—¡Fermín!... yacuruna está llegando.

—No, don Mishaja, soy Shico.

—Ya tey visto. Traes olor a yacuruna. Pon tu maleta en ese rincón. ¿En qué puedo servirte?

Don Shico le contó su historia. Don Mishaja, luego de encararle con tabaco, le dijo:

—Tienes que irte a Iquitos y no volver nunca más. El semblante de don Shico no era el mismo. Sus ojos se iluminaron en la penumbra del tambo. Agarró su maleta y se fue por una trocha hacia el río. La luna se ocultaba. Al canto del gallo partió en peque-peque con dirección a Iquitos.

En el puerto de don Shico, Brisa llamaba inútilmente, hasta que el viento del río le reveló por dónde huía el amado. Nadó velozmente para alcanzar el peque-peque.

—¡Shicooo! ¿Por qué me has dejado? —se escuchó una voz que venía del fondo del río. Los pasajeros del colectivo se asustaron. Luego se vio saltar por encima del bote un bufeo colorado. —¡Yacuruna! —dijeron todos.

Una joven embarazada le dijo al motorista:

—¡Joven! Apúrale a tu peque-peque sino le va a cutipar a mi llullo.

El motorista aceleró y dejó atrás a Brisa.

En el Puerto de Requena, don Shico salió del bote y se escondió detrás de una lancha vieja en la playa. Le apalearon

y lo dejaron por muerto. Al toque de la oración, don Shico salió de su escondite y fue por Brisa.

—¡Te hicieron daño, pobrecita!

La hermosa luna que salía en esos instantes alumbró pálidamente a Brisa. Lentas lágrimas resbalaban por el rostro del bufeo. Le habló con un hilo de voz:

—¡Me muero!... pero te quiero.

Don Shico temía mirarla y cerró los ojos.

—¡Shico, Shico! ¡Despierta! —le gritaron sacudiéndole el cuerpo. Don Shico despertó sobresaltado.

—¿Qué pasa?

—Te quedaste dormido, ha venido la Cunshi de Iquitos, ya tienes popera.

Shico miró confuso a la bella joven que estaba en la canoa de Mañuco. Ella, sin hablarle, pero mirándolo amorosamente, pasó al botecito de Shico. Mañuco y la Ortencia se alejaron dejándolos solos.

La noche empezaba y una luna llena ascendía resplandeciente a la entrada de la cocha. En el último recodo del lago, la joven dejó al enamorado:

—¡Shico! ¡Shico!

Ella, sin hablarle, pero mirándolo amorosamente, pasó al botecito de Shico.

—Sí, Cunshi —contestó y la miró.

—No soy Cunshi, soy Brisa.



## ROSA LA BOA

Piero Romero Ruiz

**U**N ATARDECER CALUROSO, EN EL CASERÍO DE ESPERANCITA, EN LAS ORILLAS DE LA QUEBRADA se encontraba una hermosa dama, Rosa llamada, tan hermosa y brillante que con un silbido llamaba a las boas.

—*fiiififu* —se le acercó uno y empezó a rosarla como un cachorrito.

Tomando en brazos a la boa, Rosa cambiaba de tal forma que le salían escamas entre su piel, sus ojos azules se hicieron negros. Como no había gente caminando a sus casas por el lugar, en un cerrar de ojos Rosa ya no era hermosa y se convirtió en una enorme boa, que en las noches andaba husmeando y hasta matando a la gente chismosa que hablaba de ella.

En las casas un ruido despertaba a la vecina —talan, talan—, las ollas al suelo caían. Sin pensar lo que pasaría, prendían la lámpara y asustados quedarían viendo una enorme boa en la cocina. Corriendo la señora se alejó a buscar a su marido, y sin poder hacer nada por el enorme tamaño, Rosa convertida en boa ya estaba comiendo a la doña, por el gran daño que le hacía y ya nunca más la oiría. Una vez tragada, empezaba la huida entre hierbas y espinas, y Rosa, al fin, salía.



## EL TUNCHE Y LA NIÑA

Piero Romero Ruiz

**U**NA TARDA DE DOMINGO, AL FINAL DE MISA, JAVIER, ANTONI Y DANIEL, AMIGOS DE LA MÚSICA Y LAS DINÁMICAS, se encontraban felices entonando melodiosas canciones de alabanzas. A las nueve de la noche de aquel día, Antoni salió a orinar al baño tranquilamente, cuando de repente escuchó un ruido que venía de un árbol de almendras que estaba a unos metros de él, pero no le dio interés y siguió con lo que hacía sin darle importancia alguna. Regresó al templo donde estaban sus amigos y continuaron cantando y practicando con los instrumentos.

A las diez de la noche, decidieron regresar a casa. Algunos de los jóvenes ya se habían retirado mucho antes que ellos. Apagaron las luces y cerraron las puertas entre chacotas y juegos. Al ponerle el candado al portón, escucharon un ruido y vieron una sombra en la parte del patio. Enseguida a Antoni se le vino el recuerdo cuando estuvo realizando sus necesidades y era el mismo ruido que escuchó en aquel almendro. Empezó a contarles a sus amigos y el temor los embargaba.

Ya un poco asustados, pero con ganas de saber qué pasaba, decidieron adentrarse. Javier les decía:

—De seguro es un chorro.

Prendieron la linterna del celular, enfocaron alrededor del patio y no encontraron a nadie ahí. Daniel, al ver que no había nada en el lugar, por el temor que tenía, decidió apagar la linterna y así poder regresar a la salida. En ese instante volvieron a escuchar un fuerte ruido en el salón. Encontraron una silla en el suelo. Enseguida decidieron salir dejando lo que pasaba en aquel lugar.

Después de dos días volvieron a la parroquia y preguntaron si no habían robado nada aquel día, y el padrecito, asombrado por esa pregunta, exclamó:

—¿Por qué esas preguntas, jóvenes?, ¿pasó algo?

Aquellos jóvenes no quisieron quedar mal y contaron lo sucedido. Entonces, el padrecito decidió quedarse con ellos al final de misa y ese día también se quedó un hermano que fundó el templo y el asentamiento humano con los pobladores. El hermano Marden empezó a contar que en las noches el tunche de una niña andaba molestando a todos los que encontraba solos dentro y fuera del terreno de la parroquia, y que esta niña fue asesinada y botada en el monte, donde hoy es la parroquia, por eso su alma no puede descansar en paz. Entonces, los jóvenes, muy asustados, se pusieron a pensar que lo que oyeron era aquella niña que estaba jugando con ellos y decidieron ya no quedarse hasta tarde.

# EL NIÑO CARACHAMA

Piero Romero Ruiz

**E**N EL RÍO UCAYALI, CAMINO A MASHANGAY, EXISTE UN PUEBLITO LLAMADO SANTO DOMINGO, comunidad muy unida que conlleva a la alegría. El frío amanecer acompaña al pez entre la red, que entre la tarde del día de ayer vino a caer, y al caer la noche ya nadie se encuentra ni se podrá ver, por la oscuridad del bosque y los cantos de los grillos que se escuchan como susurros y no por ser un búho que te observa desde lo oscuro.

Los niños corren en sandalias y otros sin nada que proteja sus pies, siempre escuchando a una mujer cantando o tal vez gritando a su perro que ladra sin esmero, pero lo que más corre es la quebrada que nunca tiene nada que temer, porque la gente bebe de ella hasta no poder, los niños en el agua nadan sin parar espantando a los peces. De este pueblo hermoso salió Escama, alegre en la escuela y también en casa, un niño que vive lejos en la chacra.

José nació en la posta de Santo Domingo con una piel muy particular. La mamá no quería tenerlo y decidió dejarlo. Siendo bebé lo encontró Sarita, una anciana que vivía solita lejos del pueblo. Muchos la tenían miedo por ser amargada y tener un pasado oscuro, y poco a poco fue más rechazada por adoptar a José.

José, a sus seis años, solo jugaba en su chocita con su gallinita y sus chanchitos. Sarita siempre lo observaba, ya que su piel se reseca y solo le quedaba nadar en la quebrada, y como era muy pequeño, Sarita lo ayudaba. Su educación fue la mejor por ser el único hijo que tuvo en vida. Lo educó con amor.

Un día José le preguntó a Sarita:

—Abuelita, ¿quién soy?

Abrumada por la pregunta, sin saber qué decir, exclamó:

—Eres un niño muy especial: la madre de la quebrada te dio esta vida para que me acompañes.

—Entonces soy un pececito. Soy muy afortunado de estar aquí.

—Sí, hijo mío, yo soy la más afortunada.

Entonces José siguió jugando entre los árboles, hablando con las gallinas a punta de cacareo, viviendo muy feliz, pero siempre escuchando risas de niños desde muy lejos de su casita. Con mucha rapidez subió al árbol más alto y observó la escuela donde muchos niños jugaban y cantaban. “Algún día estaré allí con los demás”, pensaba. Bajó del árbol y siguió con sus animalitos.

En la noche de aquel día, el pueblo llamó a asamblea y Sarita fue con José a escuchar lo que se iba a decir. Era su primera salida al pueblo a sus seis años. Pero se llevó una fea sorpresa ya que todos lo observaban y se alejaban de él por su apariencia. Asustado y con gran tristeza le dijo a Sarita:

—Ya nos vamos, abuelita, mejor me hubiera quedado en casa.

Sarita, en voz baja y molesta por lo que sucedía en la reunión, dijo:

—¡Espera que ya acaba!

José ya no aguantaba la mirada de los demás niños y salió de la reunión a esperar a Sarita afuera. Las personas empezaron a murmurar:

—¿Y esa carachama? ¡Qué feo niño!

Sarita y José caminaron con su lamparita a su casita.

Llegando ya a casa, Sarita le contó que se acercaba la fiesta del pueblo e iban a venir muchas personas de otros caseríos y que antes se debía limpiar la quebrada para poder bañarse en esta fiesta y presentar una bonita imagen, pero José no quería saber nada porque todos los pueblos le iban a mirar mal. Entonces la abuelita le dijo que todo iría bien y la madre naturaleza los acompañaría.

Pasaron tres días y José entró a nadar a la quebrada. Se sentía muy feliz, ya que eso le gustaba mucho. Cuando sumergió la cabeza en el agua, observó un pez muy extraño que le hizo estallar de miedo y salir del agua gritando.

—¡Abuelita, abuelita, abuelita!

Asustada desde su tushpa corrió a ver a José que gritaba mucho.

—¿Qué pasó, hijito?, ¿por qué estás llorando?

José entre lágrimas decía:

—He visto un monstruo en el agua.

Sarita entre risas le dijo que era una carachama y que solo pasaba a saludarlo. José temeroso decidió volver al agua y lo encontró de nuevo, pero sucedía algo en especial, ya que el pez tenía una actitud distinta hacia él y le generó tanta confianza que se sumergió y encontró a más de esas carachamas. Quedó admirado de sus escamas, los trazos que se convertían en ellas y el color negro que llamaba mucho su atención. Sarita, al observar lo que pasaba, decidió llamarlo “Escama” a su hijo José porque su piel se asemejaba mucho y por el cariño que empezó a tenerles a las carachamas. José muy feliz de tener estos amigos comenzó a investigar y pidió a Sarita ir al colegio.

Llegando el día de la fiesta, José hizo junto a su abuelita un traje de carachama, y cuando la gente le preguntaba su nombre él decía que se llamaba Escama, y que en la quebrada tenía una sorpresa para los visitantes; sorpresa que Sarita no se esperaba. Los pueblerinos de Santo Domingo, preocupados por lo que iba a hacer José, decidieron acompañar a los visitantes a la quebrada para observar lo que tenía preparado el niño.

José, en la quebrada, estaba muy feliz de haber llamado la atención de los demás, y cuándo se sumergió en el agua, empezaron a salir muchas carachamas saltando sobre él, y el pueblo sorprendido empezó a aplaudirlo y desde ese momento su vida empezó a cambiar con el simple hecho de tener un gran don que le regaló la naturaleza para poder llegar a los demás sin ser despreciado e ignorado.

A la mañana siguiente, llegó a su casa el profesor del pueblo para invitarlo a la escuela, y Sarita entre lágrimas decidió enviarlo, dando gracias a la madre naturaleza por cambiar la vida de José y de que sea recibido por el pueblo, a pesar de que su piel era distinta o tenga escamas como el pez. Desde ese momento, José, ahora llamado por el nombre que le puso la abuelita y que le gustaba mucho, Escama, podía estudiar y tener más amigos niños como él.



## FAROLES

Adriana Julissa Fasanando Ramírez

CERCA DEL RÍO HUALLAG SE ENCONTRABA UNA COMUNIDAD ALEJADA DE LA CIUDAD, no tenían muchos contactos para el transporte de mercaderías y así obtener productos de la ciudad de Yurimaguas, así que se daba el intercambio con los mismos pobladores, por ejemplo, una gallina por un kilo de arroz. Era un lugar tranquilo, se podía sentir la brisa del bosque, fría, todas las mañanas, acompañada del olor a tierra húmeda por el sereno. Las casas estaban hechas de hojas de irapay, los niños corrían sin sandalias; no podía pasarles nada, la enfermedad era mental. La confianza que tenían unos con otros era genuina. Si alguien necesitaba una mano, sin duda le prestaban diez. El pueblo limitaba con el bosque, las madres cuidaban a sus niños pequeños por temor de que algún animal los raptase; después de todo, la profundidad de la selva es desconocida, nadie sabe qué secretos guarda en ella.

Moisés tenía la función de pescar y recoger la red todas las madrugadas que dejaba en las orillas del río, de esa manera, su familia podía alimentarse. Joven, de contextura delgada y piel trigueña, su padre había fallecido en una de las muyunas que se daban en épocas de creciente, pues su bote perdió el equilibrio. No recuperaron su cuerpo, los pobladores

afirman que se lo llevó una sirena o que la madre del río reclamó por él, ya que no pidió permiso para pescar. Como Moisés era el mayor de la familia, tuvo que tomar las riendas y hacerse cargo de sus hermanos.

Los días eran iguales: pescar, recolectar, ayudar en casa y cuidar de sus hermanos, mientras que su mamá realizaba su labor en la peonada. Un día al mes, cuando había luna llena, todos tenían cuidado, los vecinos tardaban dentro de sus casas, los niños no salían a jugar y los padres de familia tenían a la mano sus escopetas o machetes, porque en la noche se escuchaban rugidos provenientes del bosque. Para calmar a aquella cosa, la comunidad llegó a la conclusión de que se debía realizar una ofrenda. Por eso, a la mañana siguiente, en la plaza del pueblo, empezaron a danzar al son de la quena y tambor, pusieron ofrendas cerca de la hoguera; aquella era grande, voluptuosa, las llamas llegaban al cielo, al igual que los cantos de los pobladores.

Pasaron cinco años y los cocaleros hacían sus primeras apariciones. No vieron mejor ganancia que tener sus plantones en los bosques de ese pueblo. Ellos no podían hacer nada, estaban amenazados. Depredaron muchos árboles a cambio de un par de monedas. Una de esas noches, una de las hermanitas de Moisés estaba muy enferma, su fiebre aumentaba con el pasar de las horas. Con ayuda de su madre, pidieron permiso al jefe del pueblo para tomar prestado el peque-peque y dirigirse a la ciudad cuanto antes, que se encontraba a tres horas por río abajo. No perdieron

tiempo. A la niña la cubrieron con sábanas. Empezó a prender el motor y con el sonido que le caracterizaba iba dirigiéndose a la ciudad. Para llegar, era necesario pasar por el barranco. La oscuridad era absoluta, solo una linterna podía guiarlos, pero en el acantilado se mostraba la figura de un animal muy grande, tenía garras, ojos como faros y similares a la luna: redondos, profundos. Y de pronto rugió. Moisés calló, su madre también. Apagaron el motor y movieron el bote con un palo, era vida o muerte. Las manos y los pies se pusieron helados, la piel de gallina hizo su aparición.

Escucharon su respiración, como si los acechara, tal vez esperaba un movimiento brusco por parte de ellos para dar un zarpazo. Inclinaron la cabeza en señal de permiso. Cuando sintieron que estaba lo suficientemente lejos, prendieron la linterna y apuntaron a dicho objetivo: prominente, majestuoso, piel dorada, ojos grandes como la luna llena, tenían fuego dentro de ellos. Parecía un león como los dibujos de los libros que los cocaleros introdujeron al pueblo. El gran monstruo dio su último rugido y se fue rápidamente al bosque. Pudieron llegar a la posta de la ciudad de Yurimaguas, bajaron la fiebre de la niña y la tranquilidad se apoderó nuevamente de la familia.

Al llegar fin de mes, no se escuchaba el rugido de aquel animal, las danzas cesaron y dieron lugar a grupos más temerosos que aquella bestia el alboroto por el terrorismo. Moisés llegó a la conclusión de que aquel animal se estaba marchando lejos por la depredación de su hábitat, ya no

había árboles como antes, cada vez estaba más lejos el bosque, la tranquilidad se alejaba poco a poco, las brisas seguían su camino, el sol chocaba directamente con las casas, era distinto para bien o para mal.

## MONITOS NEGROS

Adriana Julissa Fasanando Ramírez

**E**L OCASO SE ACERCABA. PARA MÍ, ES UNO DE LOS MOMENTOS MÁS TRISTES DEL DÍA. El sol se despedía con cálidos rayos tenues, el río quedaba solo e imitaba al astro como el espejo que refleja los cabellos blancos de mi madre. Las aves regresaban en bandada, las figuras de los árboles se deformaban al paso del sol y me imaginaba que grandes criaturas se acercaban ante los niños que aún no bañaban. El reloj marcaba las cinco de la tarde. Como de costumbre, en mi pueblo, nos reuníamos entre vecinos. Era establecido, no era necesario revisar la hora para saber que ya había llegado el tiempo. Nuestra majadería era grande, sin contar con nuestra curiosidad, los mayores afirmaban que teníamos muchas agallas para las decisiones que tomábamos, solo me cuestionaba que en vez de ser una niña tal vez yo sea un pez.

Esta noche es especial, no todos los días se puede apreciar la luna. Yo la asemejaba a una bola de queso que hacía mamá Flor, ya que contábamos con nuestra vaca Ramona, terca. La luz que emitía la alcuza no bastaba para iluminar las calles y senderos, pero mis pies estaban acostumbrados a pisar las piedras tibias gracias al sol. Pero como toda desventaja, también hay una ventaja, y es que nos favorecía a la hora de escondernos. Lo hacíamos minuciosamente, entre los

muebles de alguna casa de nuestros amigos o atrás de ellas mismas. La confianza de entrar y salir como si fuera la nuestra, se debía a que, al ser un pueblo chico, es normal que todos nos conociéramos, iniciándose desde los fundadores o primeros hombres que se asentaron en este lugar, mis tatarabuelos y los de ellos. Esta vez jugamos a las escondidas. La emoción de no ser descubierto era todo, sentir el cosquilleo que surge de la boca del estómago, recorriendo hasta las puntas de los pies, anhelar que tu equipo sea el mejor, es lo que nos motivaba a seguir reuniéndonos cada día; un horario establecido y con los mismos amigos. Fui a ocultarme debajo de mi mesa. Aunque estaba vieja, servía de escondite. El aserrín caía en mi cabeza y hombros, me mantenía inquieta y pensaba que pronto me encontrarían.

Javier era mayor que yo. Le gustaba ir a pescar a las cinco de la mañana. En la selva amanece más rápido que en otras ciudades. Como no teníamos papá, él hacía una buena labor dirigiéndome. Vivíamos con mi madre, era normal que la mujer se quedara en casa a cocinar y a limpiar, aunque no me gustaba; lloraba cuando iban a la peonada, ya que a mi corta edad de ocho años tenía el deber de cocinar en mi tuchpa. Javier dejó el colegio; tal vez las experiencias duras que pasaba hacían que lamentase no haber nacido en una familia acomodada. A comparación de mí, aunque se quedaba en casa a cocinar, aún tenía el derecho y apoyo por parte de mi hermano para seguir estudiando. Era mala en las materias de mi colegio, él me apoyaba con lo poco que sabía. Tenía catorce años.

La cocina, construida con troncos de topa, el techo a base de hojas de irapay, estaba cercada con caña brava y amarrada con la soguilla del estambre que enrolló mi madre. Aquel espacio conducía directamente al monte; oscuro, tupido, no podía haber ahí, no sin antes hacerme daño, solo nos alejaba unos cuantos cordeles para tender ropa. Javier se unió al juego, esta vez apostamos veinte céntimos para el ganador. Creo que eso se lo animó a participar.

—¿Sabías que con eso puedes comprarte dos chupetes? Y mejor si son de doña Cesilia.

No se le ocurrió mejor idea que esconderse detrás de la cocina. Estando solo, vio en el cordel un par de monitos negros saltando de lado a lado. Como cualquier niño-adolescente curioso, los siguió.

Nuestro amigo Mario llegó a encontrar a la mayoría, a excepción de Javier. Cuarenta minutos transcurrieron. Tuve fe que Javier tocara “ampay” y de esa manera saliéramos todos victoriosos, a excepción de Mario, quien tendría que buscar a todos de nuevo y claro, así perdería la oportunidad de ganarse los veinte céntimos.

El tiempo pasaba y no encontraban a Javier.

—¡Ya terminó el juego!

—¡Salgan!

Pero Javier no salía. Ocho, nueve de la noche. Con la luz de la alcuza, mi madre y los vecinos empezaron a buscarlo.

—¡Javier! ¡Javier!

No respondía. Pensaron lo peor. Como la casa estaba cerca del río Huallaga, creían que cayó por accidente al tratar de ocultarse. Mi madre y los moradores de la zona lo buscaron desesperadamente. Tanto ella como los vecinos pusieron redes en el río, pensando así que el cuerpo pudiese atascarse. La desesperación surgió en los ojos de mi madre, rojos de tanto llorar. La amargura aumentaba al no saber dónde estaba su hijo. Se agarraba el pecho como si evitara que su corazón cayera al suelo. Sin pensar, tres días transcurrieron y no había rastro alguno de Javier. Mi madre, como toda señora que ama a su hijo, sentía morir al no saber el paradero.

Para conseguir alimento, era necesario buscarlo, ir al monte a cazar, donde los animales yacen en sus escondites. Al costado de mi casa habitaba la familia Pashanasti. Eran personas de corazón grande, compartían alimentos que nosotros necesitábamos. Segundo, cabeza de la familia, se adentró por tres días y al volver a su casa, la shicra que traía consigo estaba llena de tesoros. En esos días, aproximadamente a las cinco de la mañana, cuando la luz era tenue, Segundo regresaba a su casa. Cuando su mujer lo vio, le contó que Javier desapareció.

—Hijo de Flor de María.

—¡Qué va a ser! —exclamó.

Los baños no existen en estos lugares, pues la naturaleza te da opción de ir donde quieras mientras que nadie te vea.

Caminó entré los arbustos, se bajó los pantalones y se puso a meditar. La madrugada favorecía, nadie sale al bosque por el “frío de los árboles”. En ello, observó desde lejos a un niño que corría sin sentido alguno, con la ropa convertida en harapos y huyendo de algo. Segundo, al notar que venía, rápidamente se subió los pantalones sin limpiarse y puso un pie hacia adelante para hacer tropezar al desdichado. Al momento de agarrarlo, se dio con la sorpresa de que era Javier. Agarró al adolescente con mucha fuerza y empezó a gritar:

—¡Ayuden, es Javier!

Mi madre asustada y algunos vecinos llegaron para socorrerlo. Dentro de la casa nos percatamos de que tenía la mirada perdida y arañazos por todo su cuerpo.

Durante siete días estuvo amarrado de pies y manos en la cama; ese no era mi hermano. El brillo de sus ojos desapareció, su mirada perdida mirando al vacío. Esa tarde, el pastor del pueblo entró a mi casa para bautizarlo. Llegaron a la conclusión de que algún espíritu del bosque o el mismo chullachaqui llevó a mi hermano para algún fin. Como no estaba bautizado, había una gran posibilidad de que fuera robado. Con ayuda del curandero y sus tantos rituales realizados, Javier recuperó la conciencia y empezó a relatar lo siguiente:

“Desperté en un carnaval, rodeado por varios hombres con cuernos y colas de mono. Alguien me cuidaba, era más chico que yo, pero sus orejas puntiagudas y pies desiguales diferenciaba al resto.

Sentía temor; pensé que nunca los iba a volver a ver. El sendero era angosto, pero lo suficiente para que ellos pudieran tocar bombos y flautas hechas de caña brava. Tenían la mirada penetrante, tal vez festejaban el rapto que lograron. El ayaymama no dejaba de cantar, les alegraba que hubiera un miembro más o agradecían por una nueva comida. El que estaba a mi lado se despistó por un momento; aproveché y salí corriendo lo más que pude hacia el inicio del sol sin mirar hacia atrás”.

# SACRIFICIO DE DIONICIO

Jean Carlos Reyes Castro

HACE MUCHO TIEMPO, EN UN DISTRITO MUY ALEJADO DE LA SELVA PERUANA, vivía un campesino de nombre Dionicio. Él era una persona muy humilde y trabajadora. Estaba casado con doña Elvira; tenían una familia muy acogedora, unos hijos muy apuestos y chamberos de nombre Alex y Thiago. Dionicio y su familia se dedicaban a la crianza de gallinas, chanchos y patos. Todo les iba superbién.

Un día le ofrecieron un mejor trabajo a Dionicio, con la condición de que debía dejar su natal Campoverde para ir por una nueva oportunidad laboral en un lugar muy alejado y olvidado, en la comunidad de nombre Sharanahua, provincia de Purús. La propuesta de trabajo era muy buena económicamente, pero Dionicio se sentía muy triste al solo pensar que debía alejarse de su familia. Nunca se había alejado demasiado de su esposa y sus hijos, así que por esa razón rechazó la propuesta de trabajo.

Pasaron los días y los hijos de Dionicio tenían que ir a la escuela, pero de la nada las gallinas empezaron a morirse, cada día morían más y más. Dionicio y su familia no sabían qué les estaba pasando a sus animales. Su menor hijo Thiago se había encariñado tanto con los animales que al ver que morían, se ponía a llorar desconsolado. La situación de Dionicio cada vez empeoraba económicamente por la

muerte de sus animales. No sabía qué hacer, ya no tenían ni para la comida, así que decidió aceptar la propuesta que días atrás le habían hecho. Lo conversó con Elvira, su mujer, quien no estaba de acuerdo con la idea de que tuviera que irse a trabajar muy lejos de su familia, pero Dionicio ya estaba decidido, no iba a permitir que sus hijos pasasen hambre. Llegó el día que tuvo que viajar, sus hijos lloraban, no querían que su papá se fuera de la casa. Dionicio se hacía el fuerte para no llorar delante de su familia, pero por dentro estaba destrozado, así que solo emprendió su viaje.

Cuando llegó a su destino, se sentía muy raro y triste, no podía ni comunicarse con su familia porque en Purús no había buena señal. Se encontró con su compadre Wilmer, quien le ofreció el trabajo y le explicó en qué consistía: era enseñar en un colegio de la comunidad de Gastabala por dos años, un lugar muy alejado de la provincia. Dionicio, en lo único en que pensaba, era en tener cerca a su familia, en el sacrificio que hacía por ellos, así que empezó a trabajar.

Pasaron dos años, cuando a finales del año 2019 se murmuraba de un virus llamado covid, que estaba contagiando al país de China. Todas las personas de Purús pensaban que ese virus era un monstruo que los chinos habían creado para matar a sus enemigos. Decían que nunca llegaría a nuestro país, ni mucho menos a la comunidad. Las personas de Gastabala murmuraban: “Si ese monstruo se atreve a venir, estaremos preparados con flechas para atacarlo y matarlo”. Pasaron los días, y el covid seguía matando a muchas personas, ya no solo de China sino de

muchos más países, hasta que un día se confirmó que el covid había llegado al Perú. Dionicio, al enterarse de esta terrible noticia, se asustó mucho. No podía ni comunicarse con su familia para saber si estaban bien de salud. Tenía que continuar con su trabajo para poder mantener a su familia. La única manera de comunicarse con su esposa en ese momento era por cartas. Las personas de la comunidad de Purús estaban preparadas para recibir a este famoso monstruo y poder matarlo.

Pasó mucho tiempo, el virus continuaba matando a muchas personas, hasta que un día el virus llegó a Purús. Dionicio estaba muy asustado, las personas no podían hacer nada porque este monstruo era demasiado poderoso y empezó a matar a muchas personas. Doña Elvira estaba muy preocupada ya que no podía comunicarse con su esposo, las cartas ya no llegaban, los aeropuertos cerraron, lo único que Dionicio quería era estar con su familia, poder protegerlos, pero sabía que eso era imposible. Todos los días le pedía a Dios que cuidara a su familia. Le preguntaba por qué les mandó este virus, pensaba que solo las personas que tenían mucho dinero se podían salvar, que el virus solo mataba a las personas pobres, pero la realidad no era esa, el virus mataba a todos sin importar la condición social. Todos los días Dionicio le preguntaba a Dios qué tenía que hacer para salvar a su familia.

Dionicio se puso a escribir una carta en la que le pidió a Dios que protegiera a su familia. Recordó que de nada sirve tener mucho dinero, si no puedes pasar momentos únicos

con las personas que más quieres. Este virus dejó una gran reflexión para las personas que tienen mucho dinero y creen que son inmortales, piensan que todo se resuelve con la plata, pero ni el dinero podía hacer nada con este virus.

Luego de varios meses, el virus ya se había tranquilizado, la familia de Dionicio estaba a salvo, y él regresó a su natal Campoverde. Al ver a su familia se puso a llorar, de rodillas agradeció a Dios porque su familia estaba bien de salud. Dionicio se sintió muy alegre por estar nuevamente en casa con su esposa y sus hijos. Todo lo que tuvo que pasar le hizo reflexionar, así que escribió lo siguiente: “Muchas veces las personas no valoramos a nuestra familia, pensamos que lo tenemos todo, que el dinero es la felicidad y puede contra todo, no aprendemos a valorar esos momentos únicos que pasamos en familia. Las personas que tienen mucho dinero, muchas de ellas son egoístas y no piensan en el prójimo. Que este virus nos enseñe a ser mejores personas de corazón humilde. Para dios todos somos iguales, podemos ser millonarios, pero de nada nos sirve si somos pobres de alma.

## AMISTAD DE JORGE Y PICURO

Jean Carlos Reyes Castro

EN UN PUEBLO LLAMADO REQUENA, A UNA HORA DE LA CIUDAD DE CAMPOVERDE, vivía un hombre llamado Isaías, a quien todos sus amigos conocían como Picuro. Trabajaba en el fundo del señor Erwin. Todas las tardes le gustaba ir a tomar su masato junto a su amigo Jorge. Picuro y Jorge no sabían leer ni escribir. Conforme pasaba el tiempo, fueron llegando más trabajadores al fundo de don Erwin. Una tarde, Picuro se fue a buscar a su amigo Jorge para tomar su masato en la esquina donde siempre vendían, pero la señora no estaba. Entonces, se fueron a buscar a la señora en su casa y le dijeron que se encontraba delicada de salud. Picuro y Jorge se sentían muy tristes por la señora.

No sabían cómo podían ayudarla. Regresaron al fundo, pero se sentían muy débiles porque no habían tomado su masato, cuando de repente se acercó un grupo de mujeres al fundo a preguntar si recibían personal.

—¿Cuánto tiempo ya están trabajando ustedes?

Picuro respondió amablemente:

—¡Ya llevamos trabajando diez años! Pero el jefe no recibe mujeres para trabajar, ya que el trabajo es muy exigente y agotador.

Las mujeres agradecieron la amabilidad de Picuro y continuaron su camino. Isaías se sentía muy atraído por una de las mujeres, no podía dejar de pensar en ese rostro tan bello. Al salir del trabajo, Picuro se fue a lavar su ropa a orillas del río Aguaytía, cuando de repente otra vez se apareció la mujer, pero esta vez sola. Picuro estaba muy nervioso ya que nunca había tenido a una mujer tan bella a su costado. Entonces, le preguntó:

—¿Cómo se llama?

La mujer respondió:

—Me llamo Marilyn. ¿Tú cómo te llamas?

—Me llamo Isaías, pero me conocen como Picuro. Un gusto, amiga.

—¿Puedo saber por qué te dicen Picuro?

—Claro, con gusto te contare esa historia. Un día me fui a chapanear con mi abuelo Eduardo, y atrapé un majas. Siempre cuando iba a chapanear lo único que atrapaba era un majas, por esa razón, mi abuelo me puso el apodo de Picuro, porque por ese nombre le conocen al majas.

—Qué interesante historia, amigo Picuro, yo también viviré en Requena, ya que mis padres están trabajando acá. Espero volver a verte más seguido.

Picuro, emocionado, se fue a la casa de Jorge a contarle que encontró en el río a la mujer que fue a buscar trabajo al fundo el otro día, que se sentía muy enamorado de ella. Cuando llegó a la casa de Jorge, le contó todo lo que había pasado, pero Jorge se sentía incómodo porque no le gustaba

que Picuro estuviera tan ilusionado con una mujer que era mayor que él, pues no conocía casi nada de ella. Entonces Picuro se molestó con Jorge por no estar de acuerdo con él y se fue a su casa. Picuro estaba enamorado de Marilyn, no podía dejar de pensar en ella.

Al día siguiente, en el fondo, Picuro estaba molesto con Jorge. No le hablaba ni lo miraba. Al salir del trabajo, Picuro se fue a buscar a Marilyn para que le invitase a almorzar. Pasaron toda la tarde juntos conversando y conociéndose más, pero ya nada era igual, Picuro solo quería estar con Marilyn. Ya no era el mismo en el trabajo, ya no se iba a visitar a su amigo como lo hacía antes. Jorge no entendía cómo Picuro se podía comportar como un niño solo por no estar de acuerdo con él. Lo único que Jorge quería era el bienestar de su amigo, pero también se sentía triste porque Picuro se alejó de él sin importarle tantos años de amistad y todas las cosas que habían pasado juntos.

Al llegar la noche, Jorge soñó a una bella dama vestida con franjas de colores y figuras en su traje que le dijo:

—¿Por qué estás triste?

—Porque mi amigo está enamorado de una mujer que ni siquiera conoce bien, se alejó de mí y de todos sus amigos, dejó el trabajo y ahora solo para con ella.

—No estés triste, tú eres una buena persona que solo quiere lo mejor para su amigo. Esa mujer que me mencionas solo le hará sufrir a tu amigo, solo está con Picuro porque le da todo su dinero, le hace todos sus gustos y solo tiene

tiempo para ella, pero solo está jugando con él, solo tú puedes impedir que tu amigo sufra por una mujer que no lo quiere.

—Pero ¿cómo puedo ayudarlo si está cegado por esa mujer? No le importa nada más que estar con ella, está muy molesto conmigo, ya ni siquiera me habla ni me visita, nada es como antes desde que esa mujer llegó a su vida.

—Tranquilo, Jorge, tú vas a saber cómo ayudarlo porque nadie lo conoce más que tú. Además, serás la única persona que estará a su lado cuando más lo necesite.

—Gracias, bella dama, por darme todos esos consejos.

Jorge se levantó asombrado. El sueño que tuvo era tan real que se fue a buscar a Picuro y le contó todo lo que había soñado, que esa mujer solo estaba jugando con él, pero Picuro se molestó otra vez y no le hizo caso y le respondió:

—¿Qué te pasa, Jorge? ¿Acaso la conoces? ¿Cómo puedes hablar así? Desde que te conté que estoy enamorado de Marilyn lo único que hiciste fue hablar mal de ella. ¿Acaso no quieres que yo sea feliz? Déjame ser feliz, no te metas en mi vida, ya no quiero que me vuelvas a dirigir la palabra. Lárgate de mi casa y no vuelvas a venir.

—Lo único que yo quiero es que seas feliz, pero con una mujer que conozcas, que te quiera por lo que eres y no por tu dinero. ¿Acaso no te das cuenta de que esa mujer solo te utiliza? El día que no tengas nada que ofrecerle, se alejará de ti y se irá con otro. ¡Está bien, me voy de tu casa! Me da pena que no te des cuenta de que lo único que quiero es ayudarte.

Picuro se quedó pensativo, pero no le importó, su amor por Marilyn era más fuerte que la amistad que tenía con Jorge. Pasaron los meses, Picuro renunció al trabajo, se volvió un borracho, no le importaba nada, ni que las personas hablasen mal. Una tarde, en el bar de don Shungo, Picuro se quedó dormido. Marilyn aprovechó ese momento para besarse con Norberto, un amigo de don Erwin. Cada vez que Picuro se quedaba dormido, se acostaba con Norberto.

Don Shungo, al día siguiente, se fue a contarle a Jorge lo que estaba pasando y que la mujer de Picuro estaba en amoríos con el amigo de don Erwin. Jorge ya sabía que así iba terminar la historia amorosa de Picuro. Se fue a su casa a contarle lo que había sucedido, pero Picuro seguía sin creerle a su amigo, hasta que un día Picuro encontró a su mujer con Norberto en su cama. No lo podía creer. Después de todas las cosas que hacía por ella, para que ella le pague así, de esa manera. Le preguntó a su mujer por qué había hecho eso. Ella respondió:

—Tú ya no tienes nada que ofrecerme, ya no tienes ni trabajo. Yo quiero un hombre que me trate como una reina, no un borracho apestoso que ya no tiene plata.

Picuro se sentía muy mal. Se fue a buscar a Jorge para pedirle perdón por no saber escuchar y hacerle caso. Le contó a Jorge lo que Marilyn hizo y Jorge le dijo:

—Ya me imaginaba cómo iba terminar tu relación; ella nunca te quiso, solo estaba contigo porque tú le dabas todo. Ahora que no tienes nada, ya no le sirves.

—Muchas gracias, Jorge —respondió Picuro—. Ahora me doy cuenta de todas las cosas, preferí irme detrás de una mujer que no conocía y alejarme de un amigo que conozco toda la vida, pero esta lección me servirá para darme cuenta de que muchas veces elegimos una aventura que estar con las personas que realmente quieren lo mejor para nosotros.

## CASTIGO DE LA RUNA MULA

Luggi Josep Rosales Pun

**A** LAS AFUERAS DE LA URBANIZACIÓN FONAVI, ALLÁ POR LOS AÑOS 2000, ubicado cerca del Mangualito, a quince minutos de la Universidad Nacional de Ucayali, vivía una joven muchacha con sus padres.

Miriam se había quedado acompañada en una noche con sus dos hermanitos pequeños, ya que sus padres y hermanos mayores asistieron a un velorio de un amigo de la familia. Aquella noche estaba despejada con pocas estrellas, la brisa corría muy suavemente por el interior de la humilde casa de Miriam. Sintieron sueño muy temprano y se acostaron los tres en la misma cama para sentirse más unidos, y se quedaron dormidos. Pasada la medianoche, Miriam fue despertada bruscamente con gran sobresalto por un fuerte relincho.

—Vaya —pensó la chica sorprendida—, si por aquí no hay caballos. ¿De dónde habrá salido este?

Y tras un breve silencio, escuchó claramente el galopar del animal que se acercaba hacia la casa y un nuevo relincho le hizo salir de sus pensamientos para enfrentarse a la realidad.

Despertó a sus hermanitos y se pusieron a observar a través de las rendijas del cerco de ponas de la habitación y vieron aparecer por el camino a un hermoso animal de color

azabache cuya piel despedía destellos. Lo contemplaron sin poder diferenciar si era caballo o mula y luego el animal desapareció relinchando, seguido de un precipitado galope y sonoros latigazos por los cuales se quejaba el animal dando relinchos de dolor; y luego todo quedó en silencio.

Los pobres jóvenes quedaron pensativos e impresionados y no pudieron dormir. Al día siguiente, cuando la neblina empezaba a desaparecer, vieron a lo lejos la llegada de sus padres y hermanos del velorio. Al llegar a casa, les contaron lo sucedido, y Miriam preguntó a sus padres:

—Papá, ¿algunos de nuestros vecinos han comprado un caballo?

El padre respondió:

—No, hijita, que yo sepa. Pero por la descripción que has hecho del animal parece que no se trata de un caballo, sino de una mula.

—Entonces, ¿de dónde vino esa mula que usted dice preguntó la chica?

—Ya lo averiguaremos, hijita, no te preocupes, olvida ya todo esto.

Para no levantar sospechas o miedo en la pequeña Miriam, cerró el asunto. El papá fue a la chacra con los hijos mayores. El padre dijo:

—No quise explicarles en casa lo referente al animal que vieron sus hermanitas, pero ahora que estamos entre hombres podemos hablar con franqueza. Lo que ellas vieron es el alma de doña Casandra, transformada en mula por el

demonio. Recuerdan que la gente murmura sobre ella, una mujer joven y sin hijos, que vive sola, debido al abandono del marido. Todo el mundo sabe que ella convive con sus compadres y también visita con frecuencia al cura, pretextando ir a lavarle la ropa y arreglar su habitación. Varias personas la han visto salir en la madrugada de la parroquia muchas veces. Y no es coincidencia que no se tratase de ella misma. A esa clase de mujeres las castiga el diablo, convirtiéndolas en mula mientras están dormidas y luego ocupa su puesto de jinete para hacerla galopar hasta el cansancio a punta de feroces latigazos, y esto ocurre solamente los días martes y viernes en época de luna llena, porque al demonio le gusta lucirse en su cabalgadura a la luz de la luna con la finalidad de que la pecadora pueda ser vista por las personas que aún transitan a esas horas de la noche. Y para que ustedes se convenzan, vamos a preparar un plan para esperarle en el camino el próximo viernes en que toda la luna está todavía en su esplendor, así le daremos una paliza, además de la que recibe del diablo.

—Estupendo, padre —comentó uno de los muchachos y durante toda la semana prepararon el plan cuidadosamente para que nada les fallara si se presentaba la runa mula.

Llegada la noche esperada del viernes, a eso de las doce aproximadamente, el padre cogió un machete largo, los tres hijos, garrotes y se escondieron junto con otros vecinos de confianza para participar en este plan.

La luna ya había salido y alumbraba lo suficiente como para distinguir bien a la bestia. Serían ya cerca de la una de la

mañana, cuando escucharon los relinchos todavía lejanos. Después sintieron el galopar que se iba acercando al campo de tierra donde se jugaba fulbito, sin dejar de relinchar. Se escuchaban los azotes que caían sobre el animal. Al principio sintieron miedo. Por fin, la vieron, venía en carrera, echando chispas por la nariz y la boca. Un jinete vestido de ropas oscuras la azotaba fuertemente y el jinete tenía un sombrero negro que le cubría hasta media frente. A pesar del miedo y zozobra del momento, reaccionaron y justo en el instante que pasaba la mula junto a ellos lograron asestarle un solo golpe cada uno y comprobaron que el jinete había desaparecido misteriosamente. Corrieron en la dirección que había venido el animal, con la intención de descubrir al jinete que suponían se había arrojado al suelo, pero resultó inútil la búsqueda porque el jinete no estaba por ningún lado.

Mientras tanto, la runa mula seguía corriendo y recibiendo golpes de las otras parejas que estaban ocultas en el camino. Luego la runa mula se perdió de vista. Satisfechos de haber logrado sus objetivos, comentaron que el jinete era nada menos que el mismo diablo, como es la creencia popular. Al día siguiente, siguiendo con el plan trazado, se debían confirmar los resultados de lo sucedido a la runa mula y para eso era preciso visitar a la sospechosa. Al pasar por la casa de doña Casandra, se detuvieron en el camino. El padre y los hijos y tocaron a su puerta.

Una voz acongojada y adolorida contestó del interior:

—Pasen, pasen, aquí me tienen metida en la cama, sin poder moverme, me duele todo el cuerpo como si me

hubieran dado una paliza, pero anoche me acosté temprano sin sentir ninguna molestia y tengo moretones en todo mi cuerpo, como si me hubieran dado una paliza.

Le dijeron a ella que se mejore y que más tarde iban a venir a visitarla nuevamente. Luego ellos se condolieron de ella y sintieron mucha compasión, no sin cierto remordimiento de culpa por la barbaridad que habían cometido contra ella, tan solo por simple curiosidad.

Con este hecho, ya no quedaba dudas sobre la existencia de la runa mula.

Derivación de la palabra “runa mula”: quiere decir “mula”, en ese caso sería “gente mula”, esto se da debido a la creencia popular de que la runa mula es el alma de una mujer viva, pecadora, convertida en mula por acción diabólica, en castigo por sus pecados durante la noche, mientras el cuerpo duerme.

Este castigo recibe la mujer que convive con el cura, el cuñado, el compadre o con el propio hermano. Se le ve siempre en desenfadada carrera, lanzando llamas por la boca y fosas nasales, bajo el implacable castigo de su cruel y feroz jinete que no es otro que el diablo en persona.

## EL TUNCHE

Luggi Josep Rosales Pun

**U**NA LLUVIA TORMENTOSA DABA INICIO LA MAÑANA. TODOS ACURRUCADOS DENTRO DE SUS CAMAS, todo el cuerpo se encontraba caliente por la tela. Los relámpagos más habladores que nunca bucilaban uno al otro, la lluvia más estruendosa que nunca sacudía las pobres calaminas, y en ese instante todo se reducía a una atmosfera frívola, áspera, tímida. El viento susurraba el porvenir de las actividades del día, mientras los pasos revoloteaban al compás de la cocha.

Los habitantes de la selva alta en Padre Abad disfrutaban mucho de las fiestas y el jolgorio que sucedían los fines de semana en sus calles, esas calles llenas de energía, esperando el momento adecuado para encender la noche blanca.

Una noche, todo estaba listo para celebrar el Día del Árbol. Todo acontecía con gran júbilo y entusiasmo, se daban los preparativos, las decoraciones con gran creatividad e imaginación, las chicas con gran liderazgo organizaban los actos a presentarse esa noche; en cambio, los chicos con gran diligencia procuraban que todos asistieran al gran evento, repartían los afiches multicolores. Todo se iba consolidando en una burbuja, una burbuja que estallaría esta noche. De pronto, entre la multitud, un ser con el rostro tétrico y el cuerpo cabizbajo se escabullía por las esquinas. En esos

pequeños momentos iba dirigiéndose hasta el medio de la calle lentamente como una oruga, sin prisa, sin ninguna noción de tiempo. Mientras tanto, en el escenario ya se iban alistando las chicas de la danza. Tenían cada una un atuendo en particular, como si cada una hubiera confeccionado según el gusto que tiene, sin embargo, había una similitud en la falda: todas poseían el símbolo de un rombo dentro de un rombo, el cual pretendía embellecer más su figura y atraer la mirada de los hombres, y ello se fortalecía con el rostro pintado con achiote y huito con el fin de parecer más bonitas, todo entraba con relación a su vestimenta.

Llegó el momento, las chicas se presentaban ante el público eufórico. Empiezan por la cumbia, los pasos van flotando en el aire, los suspiros chocan con las estrellas, suspiros provocados por parte de los mancebos observadores. La música va resonando por todas las calles, los puestos de comida aglomerados, los ambulantes inopinados van ofreciendo la clásica manzana y el algodón dulce, ese algodón rosado que rememora los recuerdos de la infancia. En ese preciso instante, donde todos tienen un contacto rápido con el mundo, donde todos olvidan por un momento qué hacen en esta vida, ese extrañísimo ser se reveló nuevamente. Era de una estatura promedio, con ojos azabaches, cejas pobladas, nariz aguileña, piel trigueña, cabello largo y grasoso; vestía una camiseta roja, un sombrero y pantalón negros. Él sabía que alguien ya lo había visto, pero le daba igual. Sabía del poder que poseía, porque no es ni más ni menos que el Tunche, aquel individuo que

todos tienen temor y pavor, mas él nunca hace daño al que no lo merece y siempre trata mal al que actúa mal, la ley de Talión. Entonces, en ese calvario de sensaciones que ocurría en la fiesta, a cuatro jóvenes los poseía la imperiosa energía de la juventud. Hubo un momento que parecían observarlo todo, iban intercambiando vasos, iban libando de manera desenfadada la cerveza helada y poco a poco en ese trámite iban perdiendo la noción de la realidad. Ya no eran ellos mismos, y poco a poco se iba dirigiendo afuera de la fiesta porque la bulla los aturdió. De manera lenta se alejaban del centro hasta encontrarse en una calle sombría, desolada como sus almas.

En el otro rincón, el sujeto de ojos azabaches tenía fijado su objetivo. Estaba ahí la joven que lo había rechazado en San Juan. Era su momento, si no la atrapaba en ese instante, quizás no habría otra oportunidad. De pronto, entre el susurro del viento y los compases de los jóvenes, seguían caminando sin tener consciencia de a dónde se dirigían. Caminaban y caminaban como si nunca antes lo hubieran hecho en un recorrido sin fin. Sin embargo, llegó un punto de quiebre, donde la joven que había deslumbrado al Tunche volvió en sí, retomando así el lugar de dónde se encontraba. Fue sorpresa suya cuando entre la espesura de la refulgente luna se encontraba sola y sin ninguna silueta a su lado más que su misma sombra. Ese fue un golpe directo a su mente y entró en confusión. ¿A dónde se habían ido los demás, y cómo en el transcurso del camino no se dio cuenta de nada? Entonces, entre la obscura noche y los postes de luz, notó una

luz verde en el cual se formaba unos ojos pardos relucientes como el sol que se movían y que transmitían una sensación indescriptible como si algo estuviera por pasar. La joven empezó por acalorarse, las mejillas se enrojecieron, la respiración se aceleraba y las manos sudorosas no encontraban sosiego en su lucha por no manifestar nerviosismo. Así pues, en ese momento de incertidumbre y completa soledad, vio que se encontraba por la ciudad en medio de unos callejones que salían a la plaza. Siguió el camino recordando un adagio que había leído en un libro de fantasía que decía: “A veces se puede encontrar en un momento de angustia, la luz y sabiduría para dar salida a una situación”. Y al recordar dicha frase prosiguió caminando hasta llegar a la calle que daba salida a la plaza, donde algunos jóvenes conversaban y caminaban a la luz de la luna; reposó en una banca cerca de una escultura griega, para tomar un poco de aire y embarcarse en un motocarro para poder conciliar el dulce sueño con la almohada que la esperaba en casa, y así fue.

A la mañana siguiente, estaba solo con un poco de resaca, ya que no era la primera vez que bebía de esa manera. Buscó su celular para ver las novedades del día, y se dio con la sorpresa de que tenía muchas llamadas perdidas, pero no tenía el número registrado, así que procedió a llamar, pero nadie contestaba, lo cual le pareció curioso, así que se volvió a dormir. Por el mediodía se levantó; ya no tenía mucho sueño, y entonces revisó las redes sociales y encontró en una página de noticias algo novedoso y a la vez escalofriante.

Decía así: “Jovencita fue hallada ultrajada por dos jóvenes en la fiesta del Día del Árbol”. La joven se quedó atónita y procedió a apagar la pantalla del celular. Ensimismada por lo que acaba de leer, no le cabía en la mente cómo ella estando tan cerca y compartiendo vasos con aquellos jóvenes el destino mismo procedió a salvarla o tal vez no fue tan cierto como parecía.

En otra noche, desde las calles donde los desahuciados creen encontrar sosiego en el alcohol, y las mujeres se deslizan entre la aventura del calor y el baile, y ninguno de ellos halla consuelo en lo que se entregan, el Tunche se pasea por la ciudad recordando a aquella joven que desde el primer momento que la vio lo cautivó y que fue él quien la salvó de las intenciones perversas que tenían los jóvenes, ya que él posee la capacidad de percibir la maldad albergada en las personas.





# ÍNDICE

**MAGUESHITA. ANTOLOGÍA NARRATIVA I**

se terminó de imprimir en octubre de 2023

por encargo de Grupo Empresarial

Quimérica SAC RUC 20604916438

Jr. Pasco 586 Urb. Pasco, Junín, Tarma.

Se imprimieron 1000 ejemplares.